Loceras y Trabajadoras de la Arcilla en Pomaire



BIBLIOTECA DE LA MUJER

Kirai de León, Paulina Matta, Ximena Valdés
CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

© Inscripción Nº 64.139
Ediciones CEM
Diagramación: Juan C. Ramírez
Foto Portada: Ximena Valdés
Impreso por: Arancibia Hnos. y Cía. Ltda.

Enero 1986

Loceras y Trabajadoras de la Arcilla en Pomaire

Kirai de León, Paulina Matta, Ximena Valdés
CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

PRESENTACION

La colección de pequeños libros que inauguramos con "Las loceras y las trabajadoras de la arcilla en Pomaire" está destinada a la lectura complementaria de las mujeres campesinas, pobladoras rurales, temporeras y dueñas de casa que participarán en la *Escuela de Mujeres.*

Esta *Escuela de Mujeres* es un viejo proyecto que estamos llevando a la práctica en el presente año. En pocas palabras, tiene como propósito recoger el conocimiento disperso que existe en el campo, las formas de transmisión de ese conocimiento entre las abuelas, las madres y las hijas, las prácticas concretas femeninas de las cuales emerge y revalorizarlo en esta instancia educativa que hemos llamado Escuela.

Un rico y profundo conocimiento de las mujeres del campo se va perdiendo o permanece a la sombra. Sin embargo, este saber femenino ha servido a generaciones de mujeres para algo tan simple como es vivir y enfrentar los problemas que se presentan día a día, cada vez más complejos y agudos. Todo ese cuerpo de conocimientos, todas esas prácticas pueden dar fuerza a las mujeres para constituir una difusa identidad femenina que se asienta en lo que es propio de la condición de las mujeres: ser madre, ser tra-

bajadora; una existencia que se desarrolla en una sociedad que discrimina y que oprime.

Pensamos que *rescatar la historia de los trabajos y los días de las mujeres* del campo para proyectarla al presente, tiene una validez: apoyar organizaciones y movimientos de mujeres sustentado en una condición específica que es distinta y por lo tanto tiene demandas específicas, nos parece un paso adelante en la construcción de una democracia que no sólo exige cambios a nivel de los gobiernos del país, sino también profundos cambios en el acontecer de la vida cotidiana de mujeres y hombres. Pensamos también que cada actor social, en este caso concreto, las mujeres, se constituyen como tales cuando tienen una identidad propia en la cual se sustenta su fuerza.

La *Escuela de Mujeres* propende a desarrollar esta fuerza, a partir de la colectivización de una historia dispersa, que cada quien vive aislada tras las puertas de su casa, más aún, en una sociedad que ha propendido a aislar a las mujeres al interior de las cuatro murallas del hogar.

La lectura de estas cuatro historias de vida, de viejas loceras nacidas en 1908 y 1915, nos permitirá conocer cómo las mujeres en el pasado a través del trueque de la loza, producida por ellas mismas, creaban un espacio de mujeres entre loceras de Pomaire y campesinas de hacienda. Las unas cambiaban a las otras loza por alimentos que los campesinos de Pomaire ya habían dejado de producir. Por otra parte, las mujeres enfrentaban los nacimientos: las parteras eran figuras femeninas sin las cuales las comunidades campesinas no podían reproducirse. Los hospitales y los puestos de venta de loza en Pomaire, van destruyendo estos espacios de mujeres y así, las más jóvenes, nacidas en 1942 y 1947, son figuras de mujeres que ya han perdido

el oficio de loceras, son temporeras en las frutas, trabajadoras a domicilio para los que tienen el capital –los dueños de los puestos de venta– que mal pagan su trabajo.

Estas historias de vida de mujeres de Pomaire, nos permitirá reflexionar acerca de la historia de mujeres en la aldea, de cómo los hombres van desplazando a las loceras de su oficio, una vez que llega el torno y ellos comienzan a producir loza en serie y en grandes cantidades. Para profundizar en conocer lo que ha acontecido en Pomaire, podemos leer otro trabajo que hemos realizado para comprender lo que ha pasado durante este siglo con las loceras de Pomaire ("Oficios y Trabajos de las Mujeres de Pomaire").

En la recopilación de estas historias de vida han participado Kirai de León, Sara Godoy, Paulina Matta y Ximena Valdés. El ordenamiento de las entrevistas ha sido realizado por Paulina Matta.

XIMENA VALDES S.
Proyecto Campesinas y
Asalariadas Agrícolas
del
Centro de Estudios de la Mujer

Santiago, Chile. Enero de 1986.

OLGA SALINAS
(1908)

El 18 de julio de 1873, María Astorga Meza declaró ser viuda de Pedro Salinas y haber tenido con él trece hijos, de los cuales seis murieron en la lactancia y siete vivieron: Juan Bautista, conocido como el último cacique de Pomaire; Mercedes, Isabel, Juan de Dios, Miguel, Prudencio y Domitila. Ambos esposos habían aportado a la sociedad unos pequeños bienes, consistentes en animales. A la muerte del esposo, la viuda hizo partición de ellos entregándole a los herederos lo que les correspondió. María Astorga declaró por sus bienes dos hijuelas de terreno en el lugar de Pomaire donde habitaba; todos los edificios de paja que contenían, y otra hijuela que está más al norte y a deslindes de la hijuela de Cipriano Salinas; también una carreta vieja, un caballo, una yegua, un buey, seis ovejas que tenía en poder de María Sánchez, en medias de sus tías, y lo trastos de casa. A sus hijos Prudencio y Domitila les otorgó la cuarta parte de sus bienes, ya que por ley tenía derecho a mejorarlos como legitimarios.

El terreno en que vivía al momento de la partición, la mitad del otro que estaba a deslindes de Cipriano Salinas, y otros, le fueron adjudicados cuando se verificó la partición de Pomaire, para ella y los hijos solteros que tenía en-

tonces. La mitad del terreno que está en deslindes con Cipriano Salinas, y otros, los compró después de viuda a los mismos indígenas; a pesar de haber satisfecho su valor, hasta la fecha del reparto no se le había otorgado escritura.

Se certificó que la testaria al parecer se encontraba en uso de razón, y así lo dijo y no firmó, porque adujo no saber, y a su ruego lo hizo uno de los testigos que fueron vecinos. *

Prudencio Salinas Astorga, penúltimo hijo de Pedro y María, casó con Dominga Ramírez Soriano. De ellos nació José Apolinario Salinas, quien casó con Eloísa Vilches Ramírez, nacida en 1873, hija de Calancio Vilches y Carlota Ramírez. De José Apolinario y Eloísa nacieron doce hijos: tres murieron en la lactancia. Nueve vivieron: Gerardo, Ricardo, Ana Sofía, Helenide, María Luisa, Olga, Rigoberto, José Manuel y Marcelino. De ellos viven aún Olga y Marcelino.

Olga Salinas Vilches nació en Pomaire el 6 de noviembre de 1908.

Su vida ha sido buena:

"Cuando me preguntan cómo ha sido mi vida, yo digo que con la forma exacta de un martini: un poquito de amargo, un poquito de dulce... Tan rico. Esa es mi vida, y esa es la realidad."

Honradamente tengo 76 años, si estamos en el 85, me voy a meter a los 77. Fíjese que soy vieja. Si es muy larga la historia mía; se puede hacer un libro grandote con todo lo que he pasado.

---

* Testamento de María Astorga Meza.

Yo nací acá en Pomaire, el 6 de noviembre de 1908, a las 8 de la mañana; mi papá se había ido a las 6, porque estaba sembrando por allá en La Palma, para el lado de El Tránsito, y no le importaban nada los hijos; era muy desapegado.

Al rato que yo había nacido, llegó la Berta Astorga a ver a mi mamá. Era niñita la Berta entonces, tenía diez años.

—¿Te mejoraste? —le preguntó.

—Sí —le dijo mi mamá.

—¿Qué fue?

—Niñita.

—A ver, deja verla. ¡Ay, qué bonita! Tan chiquitita. Dámela a mí.

—¿Para qué te la vas a llevar?

—Es que no me gusta la guagua de mi casa; es muy gorda la Raquel y no la puedo. Esta que es chiquitita, me gusta.

Después trajo pan y mate de su casa, hizo hervir la tetera y le dio a mi mamá.

Con esa Raquel, que era tía de la Rosita Astorga, fuimos hermanas, porque mi mamá la crió con la leche mía. Hermanas de leche. Murió hace tres años, éramos bien amigas.

A Pomaire lo conozco patas arriba y patas abajo. Ahora ya no queda gente del pueblo. Quedo yo, la Teresa Muñoz, la Teresa Muñoz Vera, las Astorga, las Guerrero. Esas hemos sido de aquí. Los otros son gente que ha llegado, que ha comprado. Los antiguos, unos se han muerto, otros se han ido, han vendido.

A la mamá de la Teresa Muñoz yo le arreglaba la gre-

da, unos montones de greda se los pisaba. Parecería zancudo yo arriba de las pilas de greda, tan chiquita que era. Si yo siempre he trabajado, desde muy chica.

Segundo Torres, el padre de la Rosita Astorga, era bien acaballerado. Tenía una zapatería por allá por San Diego, en Santiago. Se perdió este caballero y no se ha sabido nunca más. En ese tiempo la mamá trabajó haciendo sombreros.

El hermano de la Rosita, Rigoberto, era del servicio diplomático; era de los pechugones, radical. Estudió para doctor tres años.

Ella siempre fue enferma, enfermita de los ojos. Por eso no estudió. Andaba bien elegante siempre. La Rosita tiene ahora toda la sucesión, un tremendo sitio que está para vender frente a la capilla. La casa donde vive la construyeron con la pura greda que vendían.

Yo nunca he vendido un pedazo de tierra mío, ni pienso. Cuando yo me muera, que la persona que va a quedar con lo mío lo venda. Es cuestión de ellos.

Todo esto es sucesión. Yo tengo 17 metros y de fondo son 70. Es largo para adentro. Por allá arriba tengo otro sitio grande que lo siembro, herencia de mi mamá. También es sucesión, pero lo tengo yo todo. Entonces puedo decir que estoy bien.

De la sucesión quedamos dos hermanos vivos, Marcelino y yo.

De los herederos que quedan representativos, que representan a los papás muertos, son ocho sobrinos, y a los ocho los tengo en jaque, porque ninguno se atreve a gastar para recibir la herencia. No quieren sacar ninguna posesión efectiva, entonces no les puedo entregar. Es que no

quieren gastar, quieren que yo les dé. Pero no, si esta cosa se parte, se parte legal.

A unos sobrinos les doy un pedazo en un sitio, donde tienen un puesto. A otros, los de mi hermana que es muerta, les doy cosecha; saco cebollas y les doy un cajón, papas.

Los sitios los trabajo o los arriendo para puestos. De los arriendos pago las araduras, los riegos, cerrar deslindes, cortar árboles secos, todas esas cosas.

Este sitio, es herencia de mi papá, que nos dejó a mi hermana y a mí. Allá arriba mi papá les dejó a los cuatro hombres que estaban vivos en ese entonces. Otra parte, de 68 por 48 metros, para gastos de sus funerales y deudas. El testamento dice eso.

Yo he sacado a flote todo, pago contribuciones desde que aprendí a trabajar. Cuando está sembrado es bonito. Este año sembré cebollas, papas, maíz. Melones también, pero se los comieron las hormigas. Esas cosas se dejan para el gasto y les doy a mis sobrinos, menos a los del puesto, porque ellos tienen, tienen dos puestos.

Mi papá entendía todas esas cosas de sucesiones. Era bien atinterillado, de los picapleitos; solucionaba todos los enredos judiciales. Fue Juez de Distrito. Todavía están los Códigos viejos arrumbados por ahí. Tenía muchos amigos; se iba a Melipilla, pat'e perro, con esos viejos politicones que había antes. Era demócrata, de los demócratas de Franco Sincueta, Ramon Torrealba. Todos esos cristianos venían a la casa a comer sus cazuelas.

El era flojo para trabajar las tierras; la que era bien trabajadora era mi mamá. Mi papá sembraba en El Tránsito, a medias con los dueños del fundo. Era mediero, no inquilino. Tan tontas que encontraba yo esas siembras a medias. Cuando venían a tener cosecha, la tenían toda ven-

dida, la habían vendido en verde. Igual cosa, nosotros aquí teníamos viña; allá en el sitio de arriba había una viña preciosa, pero la uva se la compraban las Astorga, hacían chacolí y sacaban aguardiente. Las Astorga tenían unos alambiques preciosos. Compraban a 50 centavos la arroba, una porquería. Así es que después se cosechaba para puro pagar, nunca había nada. Nosotros pasamos hartos aprietos, hasta que yo crecí y fui comerciante, y ahí salimos a flote con mi mamá.

La Palma y El Tránsito, eran los fundos más grandes que había acá; antes se llamaba la hacienda Pico, Pico de Arriba, Pico de Abajo y Pico del Medio. Después le cambiaron de nombre y le pusieron Tránsito. La Palma era de Pico del Medio; el dueño era don Nicasio Covarrubias, pero después fue don Guillermo Barros. Don Guillermo le compraba a los campesinos, le vendían una porquería. Era el único que tenía plata y pagaba como quería. Mi taita nunca le vendió y peleaba con los latifundistas. Les tenía mala, urgieron al pueblo.

Después de don Guillermo fueron los hijos. Ahora han hecho parcelas y las han vendido. Actualmente es Vial Espantoso el dueño de todo eso; instaló un criadero de aves. Ha dado más trabajo a la gente, porque siembran melonales, los venden, ocupan mujeres y hombres para las cosechas, plantan tomates, cebollas, en fin todas esas cosas.

La Viña Pomaire tambien es viejaza. Era inmensa, coincidía con Pico Arriba, con el primer Pico; iba desde el Portezuelo hasta la Quebrada Grande, y de ahí daba la vuelta hasta acá, de Calicanto que se llamaba. Ha habido un extravío tremendo de la viña. Parece que se la vendieron a una sociedad anónima; era un tal Otto el que la manejaba. Ha tenido varios administradores. Cada administra-

dor ha ido renovando la viña, arrancando matas viejas y poniendo chicas. Ahora la arrancaron casi totalmente y pusieron duraznos. Parece que les va bien con el duraznal; de viña queda una porqueriíta no más.

Yo nací aquí, me crié aquí, estudié aquí y me perfeccioné en San Antonio, porque yo no terminé estudios, sino que capté estudios. Aquí llegamos a Tercer año, nada más; no había más colegio. Con Tercer año, usted sabe que no se sabe nada, pero yo sabía multiplicar, dividir, restar, sumar. Todas esas cosas yo aprendía a nado; para la Historia fui nula —no me voy a cachiporrear—. Si usted me dice dónde está Magallanes, qué hicieron éstos, ¡puf! no sé nada —pero para las Matemáticas era un rayo. Y ayudo en la casa desde que aprendí a trabajar, cuando tenía como diez años. Le pisaba la greda a las viejas, lustraba, vendía leña. Yo iba a la leña adentro del cerro —conozco todos estos cerros palmo a palmo—. Pensaba mucho en mi mamá; mi papá no fue muy bueno con ella. Yo la veía sufrir y me rebelaba contra el papá. Sentía rabia. Mis hermanos se fueron para no acometerse con él, se fueron de la casa y dejaron a la mamá siempre en el sufrimiento.

—Algún día, cuándo será el día que yo tenga diez pesos —decía yo— y mi mamá no tenga que estar llorando para dar pan a los niños.

Yo sufría, lloraba, le pedía a Dios, no, le pedía al Diablo. Y me iba a la leña con otras muchachas y muchachos. Atravesábamos el canal con un atado al hombro amarrado con alambres, y había chiquillos malulos que nos limaban el alambre, ¡pum! se cortaba y al agua con los atados. Se movían por el agua, teníamos que salir detrás de ellos, pescarlos más abajo. Pero después les sacaba la ñoña a los chi-

quillos, porque sabía quiénes eran los que habían pasado adelante. Les plantaba un puñete, una zancadilla, los zumbaba por allá, los botaba al suelo, me defendía como gato de espaldas. Y aprendí a no tener miedo. Por eso me hice tan fuerte, porque fue dura la vida, y yo después no le tenía miedo a nada.

Me venía a veces con tres atados para venderlos. Me daban un cinco, quince centavos cuando mucho. Y yo con los talones todos clavados de espinas, a pie pelado de allá arriba, con la luz del fuego sacándome los pedazos de espina. ¡Por la flauta! Y todo para la casa y los chiquillos.

Entonces, fíjese que en el cerro había una culebrita medio amarilla, y todos le iban a pegar. Yo la defendí, me acuerdo siempre que le puse Guillermina a la culebra y ella me conocía. Le llevaba migas de pan, le llevaba moscas, porque dicen que comían moscas, y le dejaba un montón.

—Les voy a echar a la culebra, van a ver no más —les decía yo a los cabros. Le hacía cariño a la culebra y no me hacía nada.

—Oye, Guillermina, tú me vas acompañar —le decía—. Tú vas a ser mi guía. Y si vienen a robarme la leña, me la cuidas ¿ah?

Y los otros iban y arracaban.

Creció la culebra, como un palo de escoba más o menos, y estaba grande. Cuando pasaba por ahí, yo dejaba la leña cerquita de donde habitaba ella, para hacer los atados; así no me podían robar, porque se robaban los palos entre uno y otro. La Guillermina cuidaba la leña.

Después no sé qué pasaría, yo dejé de ir un tiempo al cerro y cuando volví, ya no la vi más. Qué sentía. No lloraba, porque no soy buena para llorar, pero sentía la culebra que se me perdió.

—Estos babosos me la han muerto —decía, pero no creo que la hayan muerto; era muy loba; se daba conmigo no más. Se fue a otro lado, habitaba ella por ahí y yo nunca más la vi. No la vi nunca más y era linda. Conversaba yo con ella, me sacaba la lengua, se quedaba cerquita mío. No me hacía nada y yo tampoco le tenía miedo.

Es que yo creo que nací con algo que otras personas no han tenido. Yo soy parte de esa parte que está al lado de la iglesia, ese sitio tan abandonado, hecho una cochinada, donde estaba la casa de mi abuelita Dominga. Había una acequia ahí y unas matas de duraznos abrileños. Mi abuela era persona que tenía, pero era mezquina; no ayudaba a mi mamá. En todas las pobrezas yo iba a catetearla, que me diera un poco de maíz, de trigo. Cuando no me daba, yo de pura rabia le rompía sus cantoras que dejaba al lado de la acequia y le robaba los duraznos.

Yo salía a chavelear con mi papá y una señora amiga, la Julia Salinas. No eran parientes, pero nos criamos juntos los chiquillos de ella y nosotros; cuando anunciaban temblores dormíamos en el corredor todos juntos. Esta señora llevaba loza a Santiago también, al mercado; pero yo no aprendí de ella. Aprendí sola.

Fuimos una vez a chavelear por el lado de Culiprán. La señora llevaba a un niño más o menos de la misma edad mía. Mi papá tenía compadres por esos lados, y llegamos allá a la oración. Sacaron los bueyes y entraron la carreta. Andaba la señora en la cocina sacudiendo el chalón para hacer la cama, y yo la miraba no más. Era gente de campo, gente pobre.

—Ah, no —le dije entonces a mi papá— Yo no voy a dormir allá adentro, está lleno de piojos. Voy a dormir en la carreta.

–Pero cómo –me dijo él–, si te están haciendo la cama.

Y no fui. Dormí debajo de la carreta. En la noche se sentían las ranas cantar, los sapos.

–Bonito –yo decía–, es bonito.

Al otro día salíamos.

–Aló, señora. Mire, le traía la callana y la ollita.

–No tengo plata.

–Pero tiene maíz, tiene porotos.

–Sí, tengo maíz, tengo porotos.

–Bueno, a lo que haga la olla.

Llenábamos la olla de porotos, los echábamos a un saco y dejábamos la olla. Así se cambiaba la loza. Algunos tenían plata, otros no, pero se traían cosechas; papas, cebollas, ají, maíz, porotos, nueces, coquitos, harina cruda, y también charqui, quesos, pollos, de todo.

Eso era en mayo, estábamos unos ocho días, se daba vuelta todo ese fundo, la hacienda Culiprán. Compraban los inquilinos, la gente que vivía ahí. Los patrones ni se preocupaban de eso; ni sabían que había.

Toda la gente que tenía carreta iba a chavelear, y casi todos tenían carreta y bueyes acá. Un día salió mi abuelo Calancio. Pasó por una casa y estaban haciendo harina.

–Tome, señora, este platito, para que eche la harinita –le dijo.

–Ay, muchas gracias.

Se fue el abuelo, ya había andado harto.

– ¡Puchas miéchicas! –dijo–. Yo le había dado el plato para que me diera harina, se lo voy a ir a quitar.

Se devolvió.

—Señora, yo le di el platito para que usted me diera harina. Como no me dio nada, me llevo el plato.

—Ah, bueno, lléveselo, so miserable.

Ese era el papá de mi mamá, Calancio Vilches. El papá de mi papá se llamaba Prudencio Salinas Astorga, y la abuelita, Dominga Ramírez Soriano. También era descendiente de un cacique Soriano que había acá. Mi bisabuelo era Pedro Salinas, casado con una María Astorga.

Mi abuela Dominga era locera; toda la raza mía ha sido, por ambos lados. Antes muchas mujeres iban a trabajar a otras casas. Mi mamá, y yo cuando estaba chica, le trabajábamos a la abuela de la Teresa Muñoz y después a la mamá de la Teresa. Yo les iba a pisar unas rumbas del porte de la tina y mi mamá les hacía loza. Se hacían pailas, platos harineros, callanas y ollas, muchas ollas, con dos orejas, como esas que hago yo. Las chiquititas se llamaban coloreras; otras un poquito más grandes, caldilleras, todo por *hechuras*. Una hechura eran doce docenas de esas cuestiones, y pagaban una miseria. Doce docenas para ganar 200 ó 100 ó 70 pesos; una porquería. A mí todo eso se me fue metiendo en la cabeza, y pensaba que era muy injusto. Le decía a mi mamá que cuando yo fuera grande no iba a pasar lo mismo.

—No voy a dejar que tú trabajes —le decía—, ni que te mojes los dedos.

Mi mamá se reía no más.

A mí mis tías no me querían, porque yo no me callaba. Ellas tenían, tenían carretas, bueyes, de todo. También llevaban loza, salían a chaveleo. Mi papá salió siempre con esas viejas, y mi abuela también, pero mi mamá no salía.

Algunas veces se juntaba en alguna casa un montón de loza para sacarle brillo y hacían un *mingaco*. Iban las ma-

más, las hijas, todas a lustrar. Como a las 12 de la noche se paraban las lustradoras y hacían unas pailas de causeo de conejo, causeo a la chilena, conejo cocido con salsa de ají, aceite, cebollas y hartos panes, tortillas. Se enjuagaban la boca con agua tibia, se lavaban las manos con agua tibia, porque se calientan las manos de lustrar; y se ponían a comer y a tomar mate. Se fumaban un cigarro –que enfriaba la boca, decían las señoras– y entonces salían a la calle, a la 1 ó 2 de la mañana.

Las mujeres se juntaban en las casas de las que tenían plata para comprar. Eran las tías de la Teresa Muñoz, la Leonor y la Carmen Alvarez; donde la mamá de la Teresa; donde la Clodomira Muñoz Hernández; donde la señora Elcira Vera Quiroz; donde la señora Carmen Durán. La otra que compraba era Ña Pancha Campos.

Al que yo le lustraba en las noches era a don Ernesto Ordóñez, porque me gustaban las cosas que hacía. A él le aprendí los jarros brujos; no los hacía nadie más. Sé muchos modelos que él hacía en torno, y yo los hago a mano. El fue el que trajo el torno a Pomaire. Fue el primer artesano que se puso a trabajar aquí. Y la gente, usted sabe cómo es, se reía.

–Cómo se le ocurre a un hombre estar haciendo loza –decían.

Alguna gente pensaba que era denigrante trabajar en greda. La "china gredera", le decían a la mujer, y maricón al hombre. Pero a mí nunca me acomplejaron. Donde he ido he trabajado en loza. Nunca he dicho que no soy de Pomaire, todo lo contrario: soy de las raíces de Pomaire, de los caciques.

Ernesto Ordóñez fue también el que trajo la hornilla. Antes se cocía en pila. El era el único que hacía maceteros,

hacía todas las cosas que quisiera; tenía unas manos privilegiadas.

Era raro que un hombre hiciera loza en ese tiempo. Parece que él venía del lado de San Antonio y se casó con una muchacha de acá, la Ester Ahumada. Tuvieron tres hijos, una niña que se llamaba Ernestina y dos muchachos: Francisco, el mayor; y José, Pepe le decían. Esa familia Ahumada era antigua de aquí, pero ya no quedan.

Mucho antes de que yo me fuera a San Antonio, don Ernesto se enfermó y murió. Los hijos se fueron después; tenían una fábrica, "La Estrella", para el lado de Puente Alto, una fábrica de cerámica, de maceteros. Vienen a buscar cosas por aquí para vender.

Nosotros vivimos en San Antonio desde el año 18 al 24, 25, más o menos. Mi papá se fue antes del 18, trabajaba en la Compañía Holandesa. Era maestro, hizo todos esos pilones y los chaleses que hay por la subida 21 de Mayo. Mi hermano se fue con él; trabajaba en la fragua, aprendió a manejar las dragas en el puerto. Yo estaba acá con mi mamá y le llevaba al papá las cotonas lavadas, su ropa, y traía las cosas para la casa. Ahí empecé con el comercio, escondida de él, porque se enojaba, no le gustaba la gente comerciante; decía que tenían mal nombre. Empecé una vez que le había llevado la ropa y unas frutas; lo busqué por donde tenía la pensión y él estaba con los amigotes por ahí, poniéndole. No lo podía encontrar. Me puse entonces a jugar en la plaza con una chiquilla que se llamaba Eulalia —si era chica yo, pero aliñada; si no, cómo iba sola para San Antonio—. Yo llevaba un canasto con uvas y me puse a mirar cómo vendían las viejas, cómo vendían las cosas.

—Miren, en un canasto hay plata —me decía.

Como no encontré a mi papá, pesqué los canastos y me fui por los cerros.

—Aló, señora, aló —grité por una ventana—. Mire, traigo uvita fresca.

—¿A cómo la da?

—Venga para acá, pues.

No me demoré nada en vender la fruta. Y me gustó, un puñado de cincos. Entonces compré otras cosas. Esa fue la primera vez. Compré las cosas en un almacén al que llegaba mi papá, donde me dejaba su ropa sucia. Y llegaron las cinco de la tarde y no apareció. Me vine, no me importó nada. Traje todo para la casa y me traje la plata a la vez.

—Mañana llevo más, mamá —le dije—. Voy de nuevo.

Había unas matas grandes de ciruelas, de esas que llaman "huevo de perdiz", y llevé otros canastos. Empecé a vender como loca; ligerito volví otra vez. Como a la cuarta mi pilló el papá y me sacó la ñoña. Decía que las comerciantes eran todas putas, que eran malas.

—Puchas —le decía yo—, si no voy a hacer todo lo que dicen.

Cuando empecé a ver que había plata, seguí todos los días. Claro, si uno se entusiasma con ver unas pocas chauchas. Desde entonces creo que fue que dejé de ir al cerro. De ahí se me perdió la culebra.

Como el año 18, ya nos fuimos todos a vivir en San Antonio. Mi papá nos llevó, porque ¿sabe una cosa? —posiblemente no lo sabe— antes las mujeres no mandaban, eran los hombres los que mandaban. La mujer no levantaba la cabeza para nada, y esa era la rabia que me daba a mí. Por eso yo odiaba el matrimonio. Casarme, yo decía, para que un baboso venga a mandarme... Y cumplí, ahora haría el ridículo si se me ocurriera casarme.

Así, un día vino mi papá y dijo:

—Ya, todos se van a San Antonio y se acabó.

El era el que mandaba y había que hacerle juicio. Nos fue mal allá. Trabajaban todos los hermanos; yo trabajaba de comerciante y andaba todos los días en tren, llevando mercadería para San Antonio. Tendría unos doce años, no sé exacto; lo único que sé es que yo todavía no sabía qué era ser mujer, por eso sé que era chiquita. Mi mamá pasaba las penas de San Quintín, porque se pedía fiado en la pulpería y las libretas siempre salían topadas. Mi papá daba muy poco. Era muy esclavizada la vida para ella; por ejemplo, tenía que lavarle a todos. Yo encontraba que mi mamá era muy re tonta. Después, cuando ya crecí y pude gobernar la casa y que no faltara nada, le paré el carro al papá.

—Se acabó la esclava —le dije—. Si ella quiere le da algo, pero usted no va a venir a ordenarle ninguna cosa.

Cuando recién llegamos allá, mi hermano Rigoberto hizo el Servicio Militar, lo hizo por el lado de San Ignacio, en el Buin, parece. Ricardo lo hizo en el Pudeto. Yo era muy chica, tenía 10 años; iba a verlo, a llevarle cosas. Rigoberto era bueno para jugar al naipe; mi mamá pasaba mucho susto porque lo perseguía la policía. En los garitos de Santiago era el amo y el rey. Por aquí era el terror; en esa época se hacían rifas, mataban chanchos en las casas y los rifaban. No como actualmente, que se lleva el chancho a Santiago. Y mi hermano se sacaba casi todo el chancho. Así sacaba plata la gente de sus animales.

Como nos iba mal allá en San Antonio, el año 25 tratamos de venirnos para acá, a la misma casa. Cuando llegamos me dio mucha pena; hasta en el corredor había pasto.

Yo seguí comerciando para San Antonio, por todos lados. En El Tránsito iba a comprar huevos, les llevaba

mercadería: tabaco, cigarros, azúcar, velas, yerba, café de higo; todas esas cosas yo las cambiaba por huevos, por pollos, por porotos. A veces me venían a dejar a caballo. Yo andaba por los potreros con rocío. ¡No le digo que en la vida mía ha pasado de todo!

San Antonio era muy bonito en ese entonces, en los años 25, 28, 30. Llegábamos y vendíamos en la plaza, cada una con sus canastos y un tarro. Los trabajadores me preferían a mí porque era la más chica y tenía unas trenzas largas y gruesas. "La chiquilla de las trenzas" me decían. Yo les ganaba a vender a las viejas y terminaba luego. Entonces pusimos puesto allá, a medias con mi hermana. Ella era muy cariñosa con los niños y les regalaba cosas. Ahí nos disgustamos y se lo dije a mi mamá.

—Bueno —dijo ella—, arréglenselas ustedes.

Nos arreglamos y arrendamos una pieza por ahí. Después la Ester también puso puesto en el sector y arrendamos un galpón grande. Dormíamos todos en camas en el suelo, harta gente que éramos comerciantes, amigos, unos de Peñaflor. ¡Qué parecíamos! Poníamos una sábana colgando al medio, los hombres para un lado y las mujeres para el otro, pero nadie lachaba ahí. Y fíjese que me tenían respeto a mí, aunque era la más mocosa, hasta para salir.

Una vez mi hermana se fue a ver la suerte con las húngaras, y le quitaron un anillo y una cadenita. Yo fui allá, pesqué a la húngara, le quité las cosas y le planté unos buenos charchazos.

—Vas a ver lo que te va a pasar —me dijo, y yo otro charchazo—. Te voy a hacer mal —otro charchazo.

Como yo viajaba todo el tiempo a San Antonio, me encontraba siempre con una señora que era profesora, la

señora Guillermina Soto Leiva. Primero ella era directora de la escuela de El Tránsito. A mí no me hizo clases porque yo estudié acá en Pomaire. Después a ella la cambiaron a San Antonio y, como vivía en Santiago, viajaba todas las semanas. Al final se fue a vivir allá. El marido trabajaba en San Antonio también, en una compañía donde se refinaba petróleo. Era un caballero muy reservado y concentrado; poco conversaba, pero yo le caí bien y fuimos amigos.

Cuando yo llegué donde ellos, eran pobres, tenían de valador un cajón de frutas y una cama para los dos; al niño con dos sillones le hacían cama. Después empezaron a ganar más plata, a comprar. Arrendaron una casa más grande. Cuando me vine tenían su casa linda, igual que un buque. El pintaba, era un hombre muy serio, jefe de los masones. Eran todos de izquierda, y no ve que uno no se contamina: yo nunca he sido de izquierda, soy centro, entre la izquierda y la derecha. No me gusta ninguna de las dos; me siento en el medio, no miro para los lados.

La señora Guillermina estaba en el MEMCH*, creo que era tipo comunista eso, muy colorado, perseguido por el gobierno. Yo iba con ella, la acompañaba. Y no es cierto que a uno le metan ideas y que las tome. Uno tiene sus ideas y no se las saca nadie. Yo, siendo tan amiga de ella la acompañaba a sus reuniones, escuchaba, veía todo, pero no me gustaba. Era joven y ella no me exigió nunca nada, nada.

—Tengo reunión ¿me acompañas? —me decía.

Comíamos y salíamos.

—¿No te gusta?

—No —pero igual la acompañaba.

---

* Movimiento Pro-Emancipación de la Mujer Chilena.

Cuando la señora Guillermina hacía clases en la noche, yo tomaba un cuaderno, un lápiz y la acompañaba. Mientras ella dictaba las clases, yo iba anotando todo lo que decía. Le ganaba a todas las alumnas, porque posiblemente tenía más facilidades, y cuando llegaba a la casa se lo mostraba.

—Mañana vamos otra vez —me decía.

—Bueno, vamos.

Yo aprendí mucho de ella.

Estuve yendo como doce años a su casa, pero alojaba no más; no vivía. En la pieza del niñito me tenían una cama.

Cuando la señora Guillermina fue directora en San Antonio, me acomodó para que yo fuera profesora de greda. Pero yo les avancé más, les enseñaba a las chiquillas toda la cuestión manual, a bordar, a tejer, a hacer greda, flores de sperma, de miga de pan, de papeles. Yo domino todo el arte. No sé por qué, pero lo que me pongo a hacer, lo hago. Ahora estoy haciendo una gruta de ese palo; de que va a salir un día, va a tener que salir.

Entonces ahí yo me hice mujer. Seria, de trabajo, perdí todo el complejo de acá; no me importaba nada hablar con el gobernador, con un alcalde, para mí eran todos amigos. Donde la señora Guillermina conocí a la Gabriela Mistral, cuando iba a veranear a la casa, le tocó alojar en la pieza donde estaba yo con el niño. Simpatizamos con ella, conversamos mucho, porque a mí me gustaba la poesía. Me dijo que me fuera con ella al extranjero.

—Tú siempre andarás conmigo —me dijo—; yo te trato bien, tú vas a ser mi compañera, nada de empleada. Tendremos quien nos sirva. Te voy a asignar un sueldo, lo vas a pasar muy bien y vas a aprender mucho.

Me gustaba la idea, pero yo quería mucho a mi mamá y le dije que no, que yéndome lejos mi mamá se iba a morir. Yo adoraba a mi mamá y por nada del mundo le iba a dar ese tremendo dolor, mandarme a cambiar y tan lejos. Por eso no fui. Me quedé. Tenía algunas cartas —me escribía a San Antonio la Gabriela —pero parece que quedaron donde la señora Guillermina.

Al final me hice tan famosa en San Antonio, que hasta los choferes de micro me conocían. Yo viajaba todos los días. Tenía que entregar en los puestos de allá porque también trabajaba en negocio. Compraba la fruta en Melipilla, en la chacra Marín, en El Monte, en Pañeflor —mi vida ha sido muy movida, movida de más—; después entregaba y de ahí me iba a la escuela, a hacer clases. En la mañana me venía para acá.

En la escuela me convertí en banco para las profesoras. El día de pago me llevaba toda la plata, porque como yo trabajaba el negocio y ellas ganaban tan poco, una me debía 100 pesos, otra 50 pesos. En ese tiempo ganaban como 350 pesos los profesores, 700 los directores, una mugre. Y yo me ganaba 1.000, 2.000 pesos de un viaje. Así quién me iba a igualar y qué iba a querer ser profesora yo. Le enseñaba gratuitamente a los niños. No cobré nunca un veinte, pero siempre el día sábado la señora Guillermina me regalaba un paquete para que lo trajera a la casa. En esa época, el año 32, hubo una crisis, una escasez inmensa de azúcar, de té; no se conseguía de ningún modo. En cambio, yo tenía esas tinas que hizo mi mamá llenas de té, de azúcar. Las viejas venían donde mi mamá porque sabían que yo traía de todo, que me daban las profesoras. Así es que las viejas tenían de casera a mi mamá, pero me aguaitaban

el ojo que yo no estuviera. Ella convidaba a escondidas de mí.

—Mamá —le decía yo, no que la retara—; mamá, cuidado, estas viejas son mal agradecidas y después toca que nosotros no tenemos, Cuide las cosas.

Mi mamita siempre le daba el favor a las viejas. Era muy buena, muy buena. Yo no me considero buena.

Para vender en Santiago me iba por las fincas. También pasan cosas por ahí. Una vez yo llegué a Peñaflor a comprar una producción de uva donde un español. Jodidos los viejos por ahí. La primera vez no querían que se les sacara la uva mala; no querían perder nada. Entonces un viaje, dos viajes, nos disgustamos. No me daban ni agua, ninguna cosa. Allá nos peleamos con el futre.

Yo tenía que cortar, limpiar y arreglar la uva, y ellos encontraban que se perdía mucho limpiándola, sacándole lo picadito con una tijera. No ve que tenía que llevar impeque la uva para entregar en el Mercado. Entonces se enojó y me dijo que saliera para afuera.

—Bueno, señor —le dije—, no le voy a discutir. Usted está en su casa, en su derecho, pero aquí tengo un papelito que dice que usted me va a vender la producción, y yo le tengo la plata dada. Me la devuelve y me voy tranquila.

Ahí llegó el hijo, que era arquitecto, y me dijo que yo tenía la razón. Peleó con el viejo y lo convenció.

—Mire —le dije yo—, para que ustedes no pierdan y como no tengo ninguna intención de quedar mal, véndame la uva en total. Dígame cuánto cree que le va a hacer su viña y cuánto cobra por todo. Si tratamos, puedo aumentarle el pie. Y yo corto y me la llevo como quiero, boto lo que no me sirve y vendo lo que me sirve.

Por ahí discutieron los viejos y me aguantaron. Termi-

namos amigos y yo le compraba toda la producción de damasco, de guinda, de todo.

Yo pagaba allá mismo a trabajadores para que me cortaran la uva, y la limpiaba y arreglaba con mis manos. Después sacaba en carritos con caballos las cosas hasta la estación. En esa época trabajé mucho para Peñaflor, pero nadie puede decir que quedé debiendo, que me porté mal. Y ganaba harta plata. Estaba mi mamá viva, así es que yo venía acá a la casa.

Con el comercio en frutas yo pasaba muy bien allá en las quintas. Después, cuando el papá quedó viudo, yo le daba plata porque quería darle y no quería que anduviera pidiendo por ahí y que la gente hablara.

Tuve muchas amigas en San Antonio. La esposa del cónsul de Italia, por ejemplo.

Ella igual que mi madre, me decía que no me casara.

—Olga —me decía—, tú no te cases nunca; un día vas a beber miel y al otro hiel.

Tuve otra amiga que quise mucho. ¡Cómo nos queríamos las dos! Ella era canuta y yo católica. Era de Melipilla y ahora está en Valparaíso, casada con un profesor. No nos vimos más. Los taitas de ella nos prohibían ser amigas, pero hacíamos lo imposible y nos juntábamos. Es que creyeron que yo me iba a hacer evangélica y como no sacaron nada conmigo, no nos dejaban juntarnos. Pero a nosotros no se nos daba nada. Como en ese tiempo yo ganaba mucha plata, mi amiga llegaba a verme a San Antonio, o yo la iba a ver a Melipilla. Un día nos sorprendieron, en Melipilla. Estábamos conversando con mi amiga de cuestiones de películas, porque los pololeos ya los conocíamos, y queríamos ir a ver una película; el teatro estaba en la plaza y usted sabe que los canutos se conocen todos.

—Ponte la ropa del Cheo —le dije—, ponte pantalones, así no te descubren.

Y nos fuimos, cada una con su pololo. Si yo he pololeado con muchos, he pasado mi vida muy bien.

Y justo al viejo de porquería de su papá le tocaba servicio ese día, nos vio, no nos dijo nada, pero nos denunció en la casa. De ahí me agarraron fobia.

Acá en Pomaire tenía otra amiga, la Inés. Se entró de monja y todavía es. Por eso yo me siento bien.

—Cada vez que doble mi rodilla para orar —me dijo—, la primera por la que voy a rezar eres tú.

Ella me ayudó muchísimo, porque cuando nos escribíamos de chicas, atrás de la misma carta que yo le mandaba me contestaba ella, me rayaba todas las palabras que estaban mal escritas y las escribía como debe ser. Otra se habría enojado; yo, no. Le agradecía y así me pulí yo. No tengo mala redacción, le redacto una carta, cualquiera cosa.

Ella me retaba porque yo era amiga de la canuta, pero yo no le hacía juicio a nadie, más que a los sentimientos míos.

—Tú te vas a ir —le decía—, tengo que tener otra amiga.

Todas teníamos como 18 años. Eramos como de la misma lechugada, las mismas edades, los mismos gustos. Tenía una vecina, la Raquel, Quela le decía, de la misma edad mía. Aquí había hartas gallinas, hartos huevos. Entonces ella robaba los huevos adentro, yo los vendía y comprábamos cigarros. Fumábamos en esos tiempos. Yo llegué a fumar hasta que llegaron los Opera. Nos poníamos unos seis o siete chiquillos y chiquillas y fúmale que fúmale.

Bien independiente he sido yo. Fíjese que a los

hermanos míos yo los acompañaba hasta las mismas casas de prostitución. Iba con ellos, con un cabro que era mi pololo, y ellos iban a bailar, porque no van a puro encatrarse; iban a bailar, a tomar, oír buena música, todas esas cosas. Una noche se armó una pelea por una galla, una que le gustaba a mi hermano; llegó un hombre que también debe haber querido a la mujer y se agarró con mi hermano. A mí qué me han dicho: le planté una cachetada, y combo y combo le dejé la cara imposible.

—Cuidado que esa anda con revólver —dijo otro.

Yo usaba zapatón grueso para las andadas como comerciante. Me ponía taco alto no más cuando iba a misa o a una fiesta; si no, no usaba. Así es que les plantaba una patada y llegaban a cojear por ahí. Era buena para los puñetes.

Y ahí acompañaba a mis hermanos. Conversábamos, nos divertíamos, bailábamos. Y nadie me criticaba; si ni me veían, porque la gente que me conocía estaba durmiendo, roncando, a la hora que salíamos. Y las mujeres de esas casas nunca me hablaban en la calle; me compraban las cosas no más.

—Aquí trátenme como quieran —les decía yo cuando iba—, pero en la calle no me hablen. Aquí soy amiga, afuera ni enemiga ni nada.

Mientras estaba en San Antonio, yo venía acá a Pomaire; tenía una pieza aquí atrás y siempre traía loza para que mi hermana me la cociera; porque en cualquier parte que he estado, siempre he seguido con la loza. La Rosita Astorga me jodía para que le vendiera y yo se la daba super cara; como la vendía en Santiago me la pagaba. Porque ellas ya estaban instaladas con un puesto. La mamá de la Rosita, empezó a aprender a hacer flores de greda donde la

Julita Vera, y acá donde mi hermana. La María tenía harta paciencia con las señoras para enseñarles. Después las Astorga empezaron a comprar, a vender, y empezó el turismo aquí. El de ellas fue el primer puesto que hubo; era adentro de la casa, en una pieza, y vendían por una ventana. Eran los únicos que tenían plata y comenzaron a comprarle loza a toda la gente. Todos les vendían a ellas y la gente llegaba a su casa a comprar. La Rosita tiene un álbum donde el que entraba a comprar, le dejaba la firma. Así es que tiene un álbum de reyes, embajadores, de cuanto diablo hay. Estuvo Pablo Neruda, y la Loyola también. La Loyola era amiga de mi papá; pasaban noches conversando y le sacó mucho. Puede ser que sepa más que yo, la Margot.

Antes el comercio estaba en esta calle; después, hace como cinco años, se cambió a la otra. A mí no me tinca; hay una competencia asquerosa, que no tiene nombre.

A la casa de las Astorga llegaba la gente para la fiesta de las brevas. Eran tres domingos, el primero después de la Pascua, de la Pascua de los Negros, y el segundo y el tercero venía la gente a comer brevas, a comprar brevas con harina tostada. Las brevas no se vendían en cajas o en cajones, sino en canastos, en 10 o 20 pesos; otros regalaban, no cobraban nada. Aquí en Pomaire eran las brevas y el chancho. Todas las mujeres sabían hacer chancho; era tradición aquí, bien bueno. Ahora hay muy pocos que hacen. Los chancheros eran todos curados; llegaban el día sábado, cuando iban a dejar el chancho a Santiago, todos curados. Mi papá los agrupó, hizo como un sindicato de chancheros; eran 32.

El chancho, todo se servía en las casas. No había restoranes. Compraban chancho y comían donde mismo los

mataban. No había mataderos, los mataban en las casas. Llegaba un grupo de Melipilla, por ejemplo, pedían una mesa, un par de arrollados, un costillar, pedían permiso para asarlos, se lo comían ahí. Y después iban a vender a Santiago.

Los restoranes son de ahora último. "Los Cantaritos" tienen como tres años. Granchos no hace diez años, antes tenía lechería, panadería, después puso restorán; fue el primero que puso, ese que se llama "Los Naranjos". Después vinieron "El Ranchito", el "San Antonio", que le dicen "La Piojera", porque había una ranchería ahí, una cochinada. Aquí la gente es muy buena para poner nombres. Se conoce toda la gente por sobrenombres.

Esas eran las fiestas que había en Pomaire: Los Domingos de Brevas, Pascua, Año Nuevo, las novenas de San Antonio, del Niño Dios, del Carmen. Para la Pascua hacían frituras a un lado y al otro lado de la calle, y por el medio pasaba la gente para la iglesia. Vendían empanadas, sopaipillas, café, cazuela. La Purita Martínez tocaba el arpa y cantaba. También cantaba la Aurora Gamboa, después las Véliz. Había harto entusiasmo. La Purita murió hace poco, hará diez años, y el Sindicato de Artistas de Santiago le hizo un buen entierro. Nunca se pensaba de haber tenido un éxito en su muerte, ella que sufría en la vida porque era muy folklorista. Tocaba muy bien el arpa, cantaba bajito, porque era muy ronca; fumaba como chimenea, cantaba al pasito no más.

De Melipilla y Santiago venía la gente para las fiestas en esa época. Ya por los años 50, 55, se acabaron: comenzó a morir. Hasta la iglesia estuvo decaída. No iba la gente a misa. Ahora último de nuevo había harto fervor, y se cayó la iglesia. Vamos a ver si la podemos levantar.

Mi mamá murió el año 32, el 30 de octubre de 1932. Estuve más de un año con la cara tapada, como tres años sin moverme, sin salir a nada. Me quería morir, morirme mejor. No hallaba las horas que llegara la noche; cuando me acostaba, me gustaba porque parece que a la muerte la sentía al lado mío. Aquí todos le tenían miedo a mi mamá, a la casa. Dormíamos tres, cuatro en una cama, la María con un chiquillo para los pies, yo para arriba con otro. Una noche yo sentí los pasos de mi mamá; por eso creo que las almas vienen.

Todo ese tiempo yo trabajé en la casa no más, no como comerciante. Tenía plata y hacía greda.

Las únicas lágrimas que yo he derramado han sido por mi mamá. Yo la adoraba, todos la queríamos, pedíamos que se muriera mi papá y quedara ella. Dios hizo todo al revés: se llevó a mi mamá y dejó a mi papá.

Mi mamá era muy linda, tenía un tipo español: alta, palidita, ojos casi verdes, y mi papá era moreno, chicoco, aindiado. Era malo, celoso con ella, tenía todas esas cualides. Se perdía de la casa bastante, venía puro a que le lavaran la ropa, esas cotonas gruesas que usaba en el carbón. Había que servirle como rey y mi mamá no le levantaba nunca la voz. Era enfermiza ella, adonde sufría. Trabajaba en la greda, pero pasaba enferma. A lo único que salía era al almacén de aquella esquina, que era el único almacén que había aquí. Otro allá en la punta y nada más. Ni la conocían, no salía nunca, vivía en su casa, no tenía amigas.

Mi papá era muy atrevido con mi mamá. Yo me acuerdo que cuando llegaba, le pegaba un topón a la puerta, entraba a las piezas a caballo y le daba chicotazos a la mamá. Cuando estaba curado, le daba con que teníamos que besarlo y nos hacía cantar la Canción Nacional, y yo

siempre he sido desabrida para eso, terriblemente desabrida para cantar. Una vez, cuando yo estaba más grande ya, cuando entré a trabajar, había nacido un niño, el que está vivo ahora, Marcelino. Estaba la mamá con una palmatoria —no había luz— porque el niño estaba molesto de las orejitas; parece que era una pulga que se le había metido. Y llegó mi papá.

—Ya está con el lacho ahí —le grita, y pesca a la mamá y la consume arriba del niño.

Yo ya estaba mujer, lo pesqué y al otro lado del catre lo tiré; quedó aturdido ahí. Fue la última vez que hizo esa gracia.

—Si otra vez le vienes a pegar a mi mamá —le dije— o a levantar la mano, te voy meter cinco balas y no voy a tener asco de hacerlo. Ya he visto esta injusticia; mi mamá es una santa, una tonta, pero yo no te aguanto más. Si los hijos hombres no te hicieron nada, yo sí.

Había un revólver en la casa y una vez un hijo le iba a tirar un balazo; mi mamá le desvió el brazo y quedó un hoyo arriba en el techo.

Cuando yo gané mi plata, hablé con el papá.

—Ya no necesitamos de usted —le dije—, porque usted nunca nos ha dado; si mi mamá quiere le da una tira, le da un plato de comida. Ella no tiene ninguna obligación, y no venga a joder.

Después igual yo lo ayudé harto a él, en todo sentido. Por eso yo digo que a mí nunca me falta, no me falta nada; tengo buena salud, tengo buenas manos para trabajar, tengo la chimenea buena todavía —no se me arrancan los monos— y a la edad que tengo, es harto eso.

Una vez mi mamá me dijo:

—Mira, si tú quieres tener un hijo y saber lo que es

una mujer que pare, no importa que lo tengas soltera, pero tú no te cases, porque vas a ser tan desgraciada como yo en la vida. Tú sabes trabajar y no vas a ser feliz en el matrimonio, así es que vive soltera todo lo que puedas.

Yo no me casé no porque fuera fea, porque usted sabe que a veces las feas son más apetecidas, sino por el recuerdo de mi papá; no fue buen marido ni fue buen padre, porque él debería habernos dado educación, y no, pues. Y he tenido pretendientes, pero nunca ninguno me puso la mano, todo lo contrario: yo era la atrevida. No era muy buenamoza, pero tenía hartos reales. Como seis gallos, pero no me pillaron. Amo la libertad como las aves, y así salgo para donde quiero.

Yo considero que la mujer que se casó, se embromó para siempre; es una buena tontería. Puede ser que usted no, porque tiene una profesión y un ambiente desahogado en su manera de vivir, pero imagínese una mujer pobre que se casa, a qué se casa: a criar chiquillos, a limpiarle el traste a los cabros, andar toda meada, a servir al marido, que si se le ocurre que le laven las patas, tienen que lavárselas; que al otro día, "ya, mijita, camisa, corbata, pantalones, que necesito otro". Yo he visto mucho, he estado con amigas ricas y pobres, lindas y feas, y toda la gente es igual.

Aquí hay tanta mujer soltera porque son muy borrachines los hombres. La flojera, digo yo, porque ahora trabajan, pero antes casi no tenían dónde trabajar, fuera de la siembra, la viña. Para qué casarse con porquerías. Qué ganas le van a dar a uno de casarse, si desde que se casa la mujer pasa a ser una empleada de ellos. Después que le lava, que le da corbata en la mañana, después el almuerzo, después en la noche con todo lo que tienen de joder, dónde está la felicidad de la mujer casada.

En cambio yo, siempre he tenido independencia, desde que empecé a trabajar. Sufrí harto desde chica, que ir al cerro a la leña, que ir a vender, y mi papá dándose la gran vida en Cartagena y San Antonio. Yo no le encontraba ninguna gracia, ningún chiste.

—Para aprender a enfriar balas en guata de brutos —le decía a mi mamá—, no vale la pena.

A mí no me importa que digan que soy ahombrada, que soy maricona. ¿Usted cree que me acomplejan porque me dicen así? Me lo han dicho, pero yo los aplasto con el desprecio, no les doy ni bola.

Yo lo he pasado re bien. Porque la cosa sexual no es todo. Uno sale, conversa con medio mundo y lo pasa bien.

Hijos nunca me han dado ganas de tener. Sí tengo un sobrino que quiero mucho, es como mi hijo, y a este otro que vive conmigo aquí lo quiero igual. Yo no quiero a los niños, pero a mí no hay niño que no me bornee la cola, aunque mire feo a los chiquillos o los pellizque. En cambio al de aquí, desde que nació lo he querido mucho. Es el amor de la casa, el dueño.

¿Sabe usted por qué nunca dejaré el comercio? Por la sencilla razón de que eso me dio para que los últimos días mi mamá lo pasara bien. Porque si yo no hubiera sido comerciante, no la habría podido sacar de la pobreza que azotó la casa. Los grandes no fueron capaces; había dos hombres y no fueron capaces. Mis hermanos mayores no le hicieron frente a mi papá, y yo sí. Yo tengo confianza en mí; eso es lo que uno tiene que tener. Si uno no tiene confianza en sí misma, no tiene confianza en nadie.

A mí no me enseñó nadie a comerciar; para comerciante aprendí sola. A Santiago fui sola la primera vez y vendí en la Estación Central. No sé si todavía está vivo uno

que vendía quesos, aceitunas, dulces, y se ponía en toda la esquina ahí. Antes trabajaba en chiquito ahí en la Alameda. Ese fue el primer cliente que tuve. Después se hizo muy amigo mío.

Hubo otro señor al que yo le vendía; estaba casado con una señora muy simpática, pero no mandaba ni siquiera el cordón del zapato ella. El marido no más mandaba.

—Olguita —me dijo él un día—, le tengo un negocio bien bueno para que lleve a Pomaire.

Cuando llegó la señora, le dijo que iba a ir conmigo a mostrarme lo del negocio.

Confiada, como la señora sabía, fui. Llegamos por ahí por Bascuñán, la segunda cuadra. El tocó el timbre.

—Hola, tía, —dijo.

Yo, sin ninguna maldad, sin nunguna lesera.

—Vengo por el negocio que habíamos hablado —le dijo él a la señora.

—Sí —dijo ella—, pase para acá.

Había una cama y una silla en la pieza, y una botella con agua.

—Bueno —le dije—, cuál es el negocio, porque tengo que irme; me puede dejar el tren.

Había dos trenes para acá, uno a las 5 de la mañana y otro a las 5 de la tarde.

En eso el señor saca un atado de billetes.

—Esto es para usted —me dijo—, usted me va a tener que querer, nos acostamos un ratito.

— ¡Qué se ha creído de mí! —le dije y le puse de corbata la silla. La señora tuvo que abrirme la puerta. Quedó el desparramo de billetes ahí, pero no pasó nada.

Después fui dónde la esposa de él.

—Valiente marido tiene —le dije—. ¿Sabe adónde me

llevó? Donde una señora que le dijo tía, y me iba a pasar plata para que me acostara con él.

Yo no quería venderle ninguna cosa más, pero de ahí en adelante él mandaba a la señora que me fuera a esperar al tren; ella se llevaba los canastos y me pagaba. Yo no quería nada con él.

Se pasan chascos muchos en la vida. Por eso siempre les digo a las chiquillas:

—Hay que andar con cuidado...

Después ya me abrí campo para el centro, para el Mercado Central. Me conseguí varios clientes y les vendía de todo, frutas, verduras. Llegaba con seis, siete, diez canastos a la estación y los iba mandando en los carros de a poco, esos carros con arriba y abajo que iban por Purísima. Las viejas de arriba los aguaitaban; a los cobradores de abajo yo les pasaba algo, y llegaban a la esquina del Mercado, piteaban y los clientes sacaban sus canastos. Cada uno llevaba su nombre. Después me venía con los canastos vacíos. También alcancé a vender loza en el Mercado Central. Ahí y en el Matadero eran las únicas partes donde se vendía loza. La gente nunca tenía toda la plata; nos daban un poco y al otro viaje nos daban otro poco. Y aunque mandaba los canastos solos, como ya era tan conocida de los carreros, nunca me robaron nada; en Santiago nunca me han robado, y eso que tengo como 67 años viajando.

Cuando murió mi papá, en el 51, yo estaba en Cartagena; vivía con mi hermano Marcelino y mi cuñada. Nunca he vivido sola. Estuvimos como catorce años viviendo allá, desde el 43, más o menos. Teníamos un negocio y yo compraba producciones al por mayor, por ahí por Peñaflor. Casi nunca pasaba en el negocio; era dueña, pero más estaba mi hermano y la cuñada. Yo salía a buscar las frutas,

las verduras, porque ese ha sido mi ramo. No gané nada de plata, pero soy porfiada y he seguido, nunca desmayo.

De tanto que me he movido, hasta como partera he andado. Al marido de la Juana González lo recibí yo. Cuando parió la mamá, estaba sola. No sé por qué pasé por ahí y salió el marido.

—Oye —me dijo—, esta vieja ya se muere y no llega la matrona.

—Vamos a ver, hombre.

No era el primero que había recibido. Aquí había puras parteras; una que me recibió a mí, Simona; otra que se llamaba Peta; otra Adela. Mi mamá Simona era médica, era de todo; me decía que tenía que trabajar con ella, dar remedio, atender. Me encontraba cualidades de más. Por ejemplo, a una prima mía le recibí como tres chiquillos.

Yo no cobraba ni cobre, así es que me tenían para el tandeo. Pero atendía muy poco aquí. En el campo sí que tenía hartos chiquillos. Llegaba y las viejas estaban que ya no daban, y vamos poniéndole soga en los brazos. Era raro la que tenía guagua en la cama, porque tenían que afirmarse en el catre y abrir un poco la ijaca, y era más fácil —menos problemas y no sufren tanto— si en una viga se pone una soga para que metan los brazos, entonces quedaba medio encuclillada. Uno ponía una cosa abajo para recibir al crío y veía cuando la guagua estaba acoronada, cuando venía saliendo, y la recibía. Vienen babosos los niños, envueltos en un velo, igual que los chanchos; son resbalosos. Ahí se les pone un diario, un papel o lo que haya, según la casa. Pescaba el ombligo y a cuatro dedos se lo cortaba, con una cuchara de esas de lata. Después limpiaba al cabro con un trapo y lo metía a un balde con agua o a un lava-

torio, los lavaba bien lavados, les ponía ají y los cabros ¡guaaa! No se me murió nunca un chiquillo, nunca les pasó nada. Yo podría haber sido re buena matrona si hubiera seguido, pero no me gustaba. Llegaba por pura coincidencia no más. Cuando me venían a buscar, no iba.

Por ejemplo, cuando nació la Rosa Edelmira, pasé por allá y me llamó el papá, porque no llegaba la partera.

—¿Cómo estás? —me dijo—. Esta vieja de mierda que no quiere venir y todavía la estamos esperando.

Y ahí yo a recibir la guagua.

Después le daba una tacita de mate a la mamá y pasaba a hacer mis cosas. A la vuelta iba a ver si estaba el chiquillo vivo, y entonces los demás tenían que encargarse ya de todo. Yo veía al cabro no más.

Después llegaba un matrimonio y otro, y les cortaba porque llevaban mechoneándose las viejas, que si yo ponía aceite, que la otra sí ponía. Se usaba el aceite para que la guagua saliera más fácil. Yo no ponía. Modernamente no más: un tarro con agua caliente para lavarlas, después que salía el crío las ponía de pie, les tiraba agua con una bacinica o con un plato, con lo que tuviera a mano, y hasta el otro día.

Por eso la suegra de la Juana me dice "tu chiquillo" por el marido.

—Te tiene que tratar bien —me dice—, porque tú lo sacaste.

Se acuerda ella cuando en su dolor pegó el grito:

— ¡Ah, fue hombre este huevón!

Cuando gritaban, yo las retaba.

—Si les gustó, aguanten ahora.

Mi mama Simona era casada con un viejito que se lla-

maba Jesús. Era viudo, había tenido otras mujeres, "Cachudo" le decían al viejito.

Una vez que mi mamá estuvo enferma, allá partí donde mi mama Simona, que acaso podía venir; entonces fíjese que miro para el cielo y había un árbol tan lindo, pero tan lindo que no lo he visto jamás, con celeste, precioso, y yo estaba a pata pelada.

—Te voy a dejar la dona de mi sabiduría —me dijo mi mama Simona—, porque tú eres valiente, eres digna de decirme mama.

Yo me acuerdo de muchas cosas que me enseñó, cómo se hacía, cómo tenía que sacarle el ombligo a los chiquillos, qué tenía que hacer si estaban muy enfermas para que no se murieran, que no se ahogaran las guaguas. Todas esas cosas me enseñó.

Cuando murió mi papá el año 51, yo estaba en Peñaflor. Había pasado primero por Melipilla a pagar una cuenta que le tenía a él en una pensión, para que comiera un bistec, una botella de vino, cualquier cosa. Después me fui a Peñaflor. Ese día no había ido el agarrador de cerezas y me puse a agarrar yo. En eso suena el teléfono y me llama don Alfredo.

—Olga, un llamado para usted. No corte más cerezas y váyase a su casa, a Pomaire; parece que su papá está muy grave.

El ya había muerto. Yo no sentí la pena que tuve por mi mamá.

En el año 56, por ahí, me vine acá a Pomaire, pero estuve poco tiempo. Un amigo me pidió que me hiciera cargo de un negocio que tenía en Santiago, porque un socio le

había andado fallando. Nos fuimos con mi sobrina, la Dominga.

La Dominga no es de aquí, es del norte, de Vallenar; se vino como a los 18 años. Hace ya como treinta años que estamos juntas. Primero ella se vino a Cartagena; estuvo como dos años allá trabajando en una casa y después conmigo en el negocio de las frutas. Después se fue a Santiago, donde su hermana. Yo trabajaba entonces al por mayor en La Vega, pero a ella no le gustó eso de andar para arriba y para abajo en los camiones, en las micros. Vivíamos en Pomaire y salíamos todos los días a las 4, a las 5, a pie afuera a esperar las primeras micros que van a Santiago. A veces llegábamos aquí a hacer carga como a la 1 ó 2 de la mañana, comíamos un poco y afuera otra vez. Aguantó como un año la Dominga, y ahí me dijo que aceptáramos ese negocio en Santiago que nos ofreció el caballero.

Nos fuimos y no nos llevamos ni una cuchara; las primeras noches dormimos en el suelo detrás del mostrador, tapadas con unos diarios. Después llegó un hermano de ella con una cama, "la dobladita" le pusimos, porque cuando llegó con ella la traía doblada debajo del brazo.

Después llegaron dos hermanas más de la Dominga, nos juntamos cuatro mujeres, pero no a medias; éramos las dos a medias no más. Nosotras salíamos a trabajar y las dejábamos a ellas en el negocio; íbamos a acarrear uva y a vender a La Vega. El negocio estaba en 5 de Abril esquina de General Velásquez, en el barrio del diablo, donde pasaban todos los condenados para el Hogar de Cristo. Al principio nos costó poder enderezarnos; me caí, porque puse mucha mercadería buena y el barrio no era para eso. Después vino un amigo y me dijo que vendiera carbón y leña. Las cosas que vendíamos en el negocio las comprá-

bamos en la Vega Central, en la Vega Poniente, y las llevábamos en carretela. Me hice bien amiga de los carretoneros; me decían tía, suegra, me tiraban el ojo a las chiquillas y todos trataban de ser más simpáticos al lado mío, todos lachos con las cabras. Estaba cerca La Vega de ahí; yo me iba de a pie, en la madrugada, a vender y a comprar.

A las chiquillas, la Dominga y sus hermanas que habían llegado, las puse en la escuela, aunque no querían; por nada del mundo querían ir.

Yo me fui a Santiago porque quería salir no más, y nadie puede decirme que se me fueron los humos a la cabeza o que llegué retrocediendo; cuando volví a Pomaire, el año 63, traje tres camionadas de porquerías, radio, tele, máquina, de todo.

Allá en Santiago seguí haciendo loza; detrás del mostrador me ponía a hacerla. Iba al Cerro San Cristóbal a buscar greda; si hay greda en todas partes del mundo y en todas partes he trabajado igual. Hacía la loza, la venía a cocer aquí y la vendía en Santiago. Entregaba en el "Kon-Tiki", en "La Tranquera", en "Chile Lindo", "Chilean Art", en todas esas partes.

Ya en Santiago era más fácil venir a Chiñihue a buscar uva. Después llegaron unos sobrinos míos, que me llevó una hermana para que les buscara pega. Total que se juntó un tremendo lote. Ahí fue que una hermana de la Dominga se casó con un sobrino mío.

Después, el 63, volvimos a Pomaire. Desde entonces se puede decir que me anclé acá.

Hace treinta años que trabajamos juntas con la Dominga, y nunca hemos peleado por plata. Por cualquiera

porquería podemos pelear, menos por eso. Ni yo la mando a ella ni ella me manda a mí. Y fíjese que recién después de veinte años vino a modelar algo en greda. Tomaba un pedazo de greda, se le pegaba, le daba desesperación, y después sola un día empezó a hacer cosas chicas.

Este trabajo de la greda es jodido, pero no que uno se deprima trabajando. Todo lo contrario; al menos yo, me siento muy bien. Y como trabajo de acuerdo con la Dominga, a veces ella me hace las cosas; en general, ella es la que hace el almuerzo y las cosas de la casa, y pule. Nos arreglamos muy bien. Si tengo un pedido, lo hago, lo vendo y reparto la plata mitad y mitad con ella. Aunque tengo yo más mano, así queda estimulada. Al final, es el niño el que lo gasta todo; Enrique tiene 15 años, es mi sobrino, hijo de la Dominga y vive acá con nosotras. Acá todo es para él. Si tiene que comprar algo, yo o la mamá tiene que darle; si no ¿quién le va a dar? Las dos vivimos y trabajamos para el niño y esperamos que él nos responda en poner atención a lo que le enseñan en el negocio.

Yo tengo un testamento –me estoy confesando con usted– y a un sobrino, hijo de Marcelino, le voy a dejar la tierra, la casa. A Enrique yo le ayudo en la educación y en todas las cosas que le faltan. Es que yo sufrí mucho cuando pequeña, pero después comencé a surgir y desde que he podido trabajar, nunca me ha faltado nada, digo nada. Tengo cebollas, tengo papas. De una manera o de otra le hago a lo que llegue. Le doy gracias a Dios porque con los años que tengo, todavía pesco los cajones y me voy a Santiago a La Vega. Llevo y traigo de allá para acá. El resto de las personas no lo hacen. O si lo hacen, se comen todo en un día o lo despilfarran; a otros les gusta el trago.

En la greda ya casi no hay nadie que trabaje como yo lo hago, sobando bien para sacar todos estos palitos que la máquina no muele, porque si se quedan metidos en la loza se queman y queda el hueco, y después se triza; y todo a mano, con estas herramientitas: mis palitos, los mates, los cordobanes, desgredando, puliendo, con colo. El colo ahora casi ni lo usan; le echan tierra colorada, pero nunca queda igual. Y sé todos los modelos antiguos. Esos son *jarros brujos:* tienen el mango hueco y por ahí entra el agua. Tienen todos esos portillitos al borde, y si usted llega y toma, el agua se sale. Hay que tener idea por donde se toma, hay que taparle un portillito y entonces usted le chupa no más. He hecho muchos de éstos; creo que la Rosita tiene guardado el primero que hice.

Y los *librillos,* usted sabe lo que son: una cosa grande, una paila abierta de labios gruesos. Ahí hacían las prietas, y las viejas lavaban también. Las *ollas moteras* eran anchas; tenían tanta boca como guata, un cogotito corto y dos orejas anchas. Ahí vendían mote con huesillo en el Mercado. Ese es un *jarro chucho,* a unos se les hace el pico más largo, a otros más corto. Antes había unas botellas que se llamaban *garzas,* ahora no las hacen. Hay formas que antes se hacían y ahora no. Estos ceniceros tampoco los hacen, tienen caras de animales. Esta es la cara de un perro zorrero, con la lengua afuera. Los hace ahora un cabro amigo, Antonio; trabaja la greda colada, muy bien lo hace. A mí me gusta esto.

Los librillos, las callanas, todo eso se hizo más o menos hasta el año 40. Ahí ya empezaron con puros maceteros.

Antes cocíamos en el suelo, hacíamos una cama con leña y bosta de animal; se le va poniendo guano por los

lados y se acuña con palos para que no se caiga, ahí se prende. Después inventaron la cuestión de los hornos, que es más fácil, más cómodo. Se gasta leña, pero no guano, no se necesita; se usa sólo para ennegrecer. También hacíamos loza negra, con paja de trigo. En Quinchamalí usan guano, y para que quede brillosa tienen un secreto: le ponen aceite de caballo.

No me gusta atender aquí en el puesto, para mí es una esclavitud. Me gusta trabajar así, libre. No ve que antes de ayer fui a Santiago a dejar unas piezas a "La Tasca", ese restorán de puros mariscos allá en Las Condes, en la calle Noruega. Fueron 6.000 pesos y me los pagaron al tiro. Entonces le pasé 3.000 a la Dominga y 3.000 para nosotros con el niño. Ahí siempre les entrego, también en el Mercado y en la Avenida Matta, en el Matadero; hay viejos que me conocen.

Ahora esta chiquilla que usted ve aquí, la Fernanda, tiene como seis años; ella va a aprender bien y eso que no la dejan, porque tiene que ir al colegio; además se ensucia y a su mamá le gusta que ande limpiecita. Son parientes, rama de Domitila Salinas, prima hermana carnal de mi papá. Viven aquí al lado. Es gente que tiene, no tiene necesidad de trabajar la niñita, pero va a aprender. Viene aquí y se sienta.

—Préstame un pedazo de greda —me dice—, préstame una piedra.

Me saca las piedras, me saca los mates, toma lo que se le ocurre y nunca le quito. Otras niñitas no quieren ensuciarse y ella, no. Va por aquí, va por acá y me toma todas las cosas. No ve que el otro día ella fue y trajo una tabla

de su casa. Antes había venido con otra tabla grande y yo se la ocupé. Uno siempre trabaja con una tabla en la falda.

—Oiga —me dijo—, ¿quién me sacó la tabla?

—¿Cuál tabla, Fernanda?

—Si el otro día yo traje una.

—Te la debes haber llevado —le dije—. No sé que hiciste con tu tabla.

Tuve que pasarle la piedra y darle trabajo, que puliera.

Es así como se empieza a aprender, puliendo. Después se hacen cosas chicas. Yo antes hacía juguetitos, una bandeja con una teterita de té, dos tacitas, una tetera de agua. Ahora hago bien chiquititas cuando quiero agradar no más.

En fin, no me quejo de nada. De qué me voy a quejar. Dios me dio las manos para que trabaje y yo se lo he demostrado con piedras, huesos y con cuanta porquería hay. De todo sé hacer, pero me quedo con la greda, que es mi negocio.

Sólo que a veces me dan ganas de salir, de mandarme a cambiar, ir más lejos...

TERESA MUÑOZ
(1915)

Me llamo Teresa Muñoz, Cartagena por mi mamá. Nací en 1915. Nosotros fuimos tres hermanas mujeres y un hermano hombre, cuatro que estamos vivos; los otros, dos hermanos, murieron.

Soy nacida y criada en este pueblo, desde mis abuelitos; ellos eran de aquí, mi mamá y después nosotros.

El pueblo era distinto a ahora. Antes era oscuro, no teníamos luz, no teníamos agua potable. La luz llegaría como en el 52, parece. Antes nos alumbrábamos con velitas; los negocios se alumbraban con lámparas a carburo. Después pusieron en las esquinas unas farolas a parafina, y andaba un hombrecito con la parafina, la echaba y dejaba prendida la farola; se iba a la otra esquina y prendía, hasta las doce de la noche. A las doce de la noche andaba apagando las farolas; quedaba el pueblo oscuro, oscurito. Así era en esos años. Ahora no, ahora estamos felices de que tenemos luz.

También tenemos agua potable, de El Marco; en el Portezuelo está la copa, ahí llega, y de ahí sale para acá. La sacan de unos pozos bien enormes que hicieron ahí, dos pozos bien hondos, y de ahí la llevan a los filtros, la desinfectan y la traen acá. Antes teníamos puros pozos; noso-

tros nos criamos con agua de pozo. No hace muchos años que pusieron agua, fue después de la luz.

Antes había menos gente en el pueblo, también; aquí ha llegado mucha gente, está más poblado ahora. Antes, como no era tan poblado como ahora, la abuelita era bien conocida. Tenía comadres, amigas; era más visitada la gente, me acuerdo yo. Ha sido siempre un pueblo bien tranquilo, la gente se cuida una con otra, se cuidan las cosas, una vecina con otra; no hay gente mala, es toda gente tranquila.

Las fiestas eran bien bonitas; primero era la del 18, después Pascua y Año Nuevo, y nada más. Ahora sacaron la semana pomairina y la semana de la greda, esas fiestas son de ahora. En las de antes había cantoras. La finada Purita Martínez, ella cantaba, tocaba el arpa muy bien; murió ya. La señora Cristobalina Santi, también, otra señora bien de edad, bien viejita; tocaba la guitarra y el arpa. En las fiestas bailaba toda la gente. Las fiestas del 18, Pascua y Año Nuevo, que eran las celebradas, entonces salía toda la gente y bailaba, hasta las viejitas.

Antes hablaba la gente de que Pomaire era *pueblo de indios,* y este nombre Pomaire descendía de un cacique que le decían el cacique Pomaire; eso oí hablar yo.

También decía la gente que antes había brujos aquí, pero yo no sé qué es eso, 'brujo'. No creo yo en brujos, porque no sé qué es eso 'brujería'. Dicen que una persona enfermaba a otra; yo no sé cómo puede haber sido eso. Dicen que las brujas hacían un mono de trapito, imitando a una persona, le ponían un nombre, y a ese monito qué cosas no le hacían. Así, dicen, le hacían mal a la otra persona, la enfermaban, porque hacían esos nudos y ahí les hacían los males. La gente tenía miedo entonces.

Nosotros vivíamos en una calle que daba vuelta, y ahí está el cerro. Por la otra calle de abajo, para el cerro, todas las noches se veía una candelilla; entonces a nosotros nos daba miedo.

—Asomémonos allá a ver la candelilla —decíamos nosotros.

—No —decía mi mamá—, porque esa candelilla es para perder a la gente.

La candelilla como que saltaba así en una casa, y uno se ponía a mirarla, y después como que saltaba en el cerro la candelilla, no se sosegaba, se movía, se movía. No hace mucho tiempo que salía esa candelilla todavía por ahí. Nadie la quería seguir, porque toda la gente tenía temor de que la fuera a perder en el cerro, como queriendo decir que perder es cosa mala.

—Una candelilla —decía la gente, yo me acuerdo—. No se asomen porque esa pierde a la gente.

Y mientras más la miran, mientras más la miraban, decían que como que llevaba esa candelilla para allá, y los perdían. Desaparecía la gente, eso es lo que se suponía.

Y de ahí, cerca de donde vivíamos nosotros, había algunos álamos grandes, que no hace mucho que los cortaron, y en una esquina había un álamo grande así. Todas las noches ese álamo se prendía entero.

—¡Ay! —decían—, el álamo de allá de Las Tordas se está prendiendo, enterito se prendió.

Al otro día lo íbamos a ver, estaba igualito el álamo.

Las Tordas es las Astorga. El álamo era de la familia Astorga. Era de la señora Clementina Guerra y después pasó a la familia Astorga. La señora Clementina era la mamá de las Astorga, que están vivas todavía. Porque se casó con un Astorga. Ahí estaba el álamo que se quemaba entero.

Mi papá nos contaba que veían que el diablo jugaba a la chueca; ese juego lo juegan los indios de la Isla de Pascua. Una vez que nos llevaron a Valdivia a una exposición, vinieron de la Isla de Pascua y jugaban ellos. Entonces me acordé, me acuerdo yo que decía mi papá: es un palo con una vuelta abajo y una pelotita chica, y ahí juegan a la chueca.

—¿Qué juego es el que están jugando ustedes ahí? —le pregunté a uno de ellos.

—Este juego se llama la chueca —me dijo.

Era el mismo nombre que nos contaba mi papá en esos años. Que veían al diablo que jugaba. Porque las personas que iban a trabajar al fundo se desocupaban a las seis de la tarde, y les quedaba todo ese rato hasta que se oscurecía; entonces se convidaban, como ahora se convidan y van a jugar a la pelota a la calle.

—Vamos a jugar a la chueca —se convidaban. Y se juntaban varios en una calle y se ponían a jugar; en la calle no más era ese juego. Y dicen que veían cuando ahí en el cerro jugaba un hombre, igual a como estaban jugando ellos.

—Mira, oye —se fijaban—, está jugando a la chueca igual que nosotros.

—Aquél es el diablo —dice uno y arrancaban y se iban a la casa, porque era el diablo el que jugaba arriba del cerro; un bulto negro el que jugaba.

Muchas cosas más decía la gente que se veían, pero después que llegó la luz, no. Ahora no se ve ninguna cosa, como que se retiró todo. Sería en la oscuridad que salían esas cosas; quizás serían cosas malas, cosas del diablo, o de brujos. Es una cosa casi igual, del brujo al diablo. Porque el mal instinto viene del diablo, ¿no es cierto? El mal pen-

samiento viene del diablo, entonces yo creo que es casi lo mismo, porque el brujo, el brujo de dónde sacaba eso de hacerle mal a otra persona. Es el mal pensamiento, la mala intención que tiene uno con otra persona.

Ahora ya ha cambiado mucho el pueblo, porque aquí llegó la luz. La luz es una cosa tan buena. Uno sale en la noche, si se le ofrece salir, ya está clarito. Antes no, era oscuro, muy oscuro. Yo creo que por esa causa se veían tantas cosas. La verdad es que yo no vi nunca, pero decían, siempre decía la gente.

—Mira ahí —decían—, sale un perro, un perro negro y de lengua colorada. Todas las noches, y los perros no le ladran; en vez de ladrarle, se arrancan para adentro, como que se asustan, le gimen no más al perro. Y el perro pasaba, pasaba, y por ahí, en el árbol, como que desaparecía.

Había unos pájaros, también. Ahora se han perdido, yo creo que por la luz. Unos pájaros que cuando uno iba pasando en la noche —como dicen, a la oración— gritaban: "tué, tué, tué, tué". Por allá otro: "tué, tué".

—Miren, chiquillas —nos decía mi mamá—, cuando salgan, antes persígnense, porque esos son pájaros malos, esos tué-tué.

Ahora no se sienten, no han aparecido más, como que se han retirado. Esos pájaros yo los he sentido, pero no se veían. No se veía si eran pájaros o eran animalitos que gritaban por el suelo. No se veían, pero uno siente como que en alto gritaban. En alto así: "tué, tué, tué, tué". La gente decía que eran brujos, que eran personas que se formaban, se cambiaban en pájaros y eso era la brujería. Decía la gente, y uno oía no más.

—Mire —decían—, que fulana es bruja y a lo mejor es ella la que va volando por ahí.

Había una viejita en una casita, era viejita solita; tenía un hijo, pero estaba casado en Valparaíso. Le decían la Chepita.

—Miren, por ahí va la Chepa —decían cuando pasaba un pájaro tué-tué—. Por ahí va, porque es re bruja.

Mi papá iba a hacerle los trabajos en el sitio, a arreglarle las papas.

—Justiniano —le decía mi mamá—, no se confíe en esa señora, que dicen que es tan bruja.

—Ah, no sabe nada doña Chepa —decía mi papá—. Yo tomo chicha con ella, y nunca le he visto ninguna cosa.

—Pero la gente dice —le decía mi mamá—. No le vaya a hacer algo.

—Nunca le vi nada —respondía mi papá—. Nunca le vi que hiciera monos.

Así dicen que eran los brujos de esos años. Mi papá nos contaba un cuento, que había dos hombres tomando en una casa. Estaban tomando chicha, y se curaron los dos hombres.

—Dicen que vos eres brujo— dicen que le dijo uno al otro.

—Sí— le dijo el otro.

—Y yo también soy brujo. A ver, ¿cuál sabrá más? ¿Sabré yo o sabrás vos más? Hagamos una apuesta de una cántara de chicha.

Una cántara era de esas de madera, que hacían cinco litros, dicen que hacían.

—Apostemos una cántara de chicha, a ver cuál sabe más.

—Yo sé más —le dijo el otro—. A ver, pues, cómo lo vamos a hacer.

—Mira, en este patio vamos a sembrar zapallo, y yo me voy a volver un zapallo. Tú te tienes que volver burro, y me tienes que adivinar entre los zapallos.

—Ponga la cántara aquí —dijo el otro—, yo te voy a adivinar.

Se hizo un zapallar, se desaparece el brujo, el otro se volvió burro, y se fue el burro olorosando los zapallos, hasta que encontró uno.

—Este es— dijo, y le fue a pegar la mascada al zapallo.

—Guarda, hombre —le dice el zapallo—, si soy yo.

Eso nos contaba mi papá.

Mi papá siempre tenía alegatos con un señor que era evangélico.

—Oiga, don Ricardo —le decía—, por qué usted entró a esa religión, cuando era bien católico.

—Porque ésta es la verdadera religión, pues, don Justiniano —le decía—. Mire, los católicos adoran a un santo que es hecho por un hombre. Yo, cuando entré a la religión evangélica, agarré al Señor y vine —tenía una fragua— lo hice tiritas a martillazos. Y qué me pasó. No me pasó nada.

Mi papá se reía.

Los evangélicos comenzaron a llegar aquí el 45. A algunos les gustó esa religión, y entraron. No sé por qué será. Dicen que la verdadera religión del Señor es la evangélica.

—Pero si el Señor es uno —les digo yo—. La católica y la evangélica rogamos al mismo Señor.

Dicen que no, que el Señor predicaba por las calles, como ellos, y que ellos están ciertos en la religión. Noso-

tros decimos, como nos explicaba mi papá, que la religión católica fue la primera que hubo en el mundo, y después salió esta evangélica, por uno que se llamaba Martín Lutero. Se rebeló contra la religión católica y sacó esta otra.

Nosostros íbamos a ver los cultos de ellos. Les toma el Espíritu, dicen, y saltan y gritan cuando no hay por qué. Llegan a transpirar porque los toma el Espíritu. Había una señora que usaba moño igual que yo; viera, gritaba, se enloquecía, se le deshacía el moño a la señora. Nosotros nos asustábamos.

—Qué es lo que ven ellos —decíamos—. Parece que alguna cosa ven.

Qué será ese Espíritu, pues. Dicen que en ese momento está el Señor con ellos.

Antes los católicos hacían procesiones, a la Virgen del Carmen y a San Antonio, a ésos los paseaban. Cuatro hombres los arreglaban en unos palos, ahí les ponían flores, los llevaban en andas, fuera de la iglesia. Todo el pueblo salía en procesión, porque casi todas las mamás eran católicas y obligaban a los niños, a todos, a salir. Ahora se terminó eso. Ya no vienen misiones, no hay procesiones. En cambio, los evangélicos vienen todas las semanas, andan por las calles cantando ahí con guitarra. Pero no hay desunión entre católicos y evangélicos. Tampoco es mala esa religión, yo creo. Porque ellos son bien unidos. Lo único es que no creen en los santos, no creen en los sacerdotes; dicen que los sacerdotes son así como un negocio, que se llevan toda la plata que da la gente para la iglesia. Eso es lo que encuentro malo al evangélico.

Los católicos, el Viernes Santo no trabajan; dicen que es malo trabajar ese día, que uno tiene que guardarlo. No sé si los evangélicos tendrán otra idea pero el Viernes

Santo no se hace nada. En vida de la abuelita no pelaban ni papas, porque dicen que molestaban al Señor. No cortaban leña ni se barría. Ninguna cosa más que ir a rezar el rosario. Se dejaba la comida hecha del día antes, al otro día la calentaban no más. Si nosotras, de chicas, hacíamos cualquiera maldad por el patio, nos decía mi mamá:

—Espérense, no más, que pase este día, pero mañana les van a pegar.

No podía pegarnos ese día, porque era molestar al Señor.

Mi papá nos contaba de un caballero que no creía en el Viernes Santo.

—Qué —dijo—, qué Viernes Santo; hay viernes todas las semanas y yo tengo que ir a buscar leña al cerro. Voy, no más. A ver qué me va a pasar.

Agarró el hacha, se fue al cerro y buscó un álamo, el árbol más bonito, sequito, para la casa. Dicen que él le da el hachazo al palo, y le saltó sangre al árbol. Y dicen que él quedó pegado en el palo del hacha, y después tuvo que ir un sacerdote a rezar, y ahí salió. Dicen que seguro se arrepintió de lo que hizo y por eso salió. Al hacha no la pudieron sacar más de ahí; quedó en el árbol.

Eso nos contaba mi papá, que era muy católico.

El iba a la fiesta de Lo Vásquez, el 8 de diciembre. A otros santuarios no me acuerdo yo que haya ido. Los otros viajes eran para Valparaíso; iba como el 15 de enero. Eso no tenía nada que ver con religión. Esos eran negocios de él, era su trabajo.

A Lo Vásquez iba, no ve que ahí hay una iglesia y un santuario bien bonito. Antes, cuando íbamos nosotros, como en el año 28, era una iglesia chiquita. Ahora es un inmenso santuario, donde va tanta gente.

El Viernes Santo mi papá rezaba el rosario en la casa. Antes de tomar desayuno, todos a rezar el rosario. Después, el desayuno. Antes del almuerzo, todos a rezar el rosario. Después, el almuerzo. Y así en la noche. Y al otro día, el sábado en la mañana, antes de tomar desayuno, a rezar el rosario, porque entonces resucitaba el Señor. Era en la Semana Santa, no más. Esa era idea de la abuelita, y como mi papá era el yerno, en todo le hacía juicio.

—Justiniano —le decía—, nos tenemos que ir a rezar el rosario antes de comer.

Mi abuelita llamaba 'la oración' a la hora cuando se está oscureciendo.

—Vamos a entrarnos —decía—, porque ya es la oración.

Mi abuelita era de Lo Abarca, pero por allá los papás de ella vendieron y se vinieron a este pueblo. A ella le gustó el trabajo en la greda y comenzó a trabajar aquí. Trabajaba con señoras en la casa, vecinas, amigas y les pagaba por docenas, ollas, pailas, lo que se hacía en esos años. Era en el año 30, antes, 20, del 25 al 30; me acuerdo, porque tengo ya como 69 años.

En esos años, para trabajar la greda, no había estas máquinas que hay ahora, que se muele en máquinas la greda. Antes había dos, tres hombres que se dedicaban a pisar la greda con el pie, en sacos, de esos sacos trigueros. En eso echaban la greda y ahí la pisaban estos hombrecitos, que buscaban y se dedicaban puro a eso. De una casa pasaban a la otra, después a otra. Trabajaban en eso, y eran buscadas estas personas para que pisaran la greda. Cada señora tenía greda, la echaba a mojar, y ahí iba el hombre y

la pisaba. Como ser, el día sábado, el día viernes pisaba la greda, el día lunes iban las señoras a trabajar.

Después, cuando llegaron las máquinas por aquí, que se pasa la greda, ya se va transformando la artesanía.

Tampoco antes se cocía en hornos, como ahora; antes se cocía en *pilas*. Yo le voy a explicar cómo era. Venían como a eso de las dos de la tarde, cuando estaba todo el sol. Se sacaba la loza al sol, y se hacía una camadita de leña, encima bosta de buey seca, y ahí se amontonaba la loza, toda amontonada, la olla grande abajo, la paila grande, hasta lo más chiquitito arriba. Encumbradita era la pila. Ahí le acercaban fuego por todos lados, y quemaban toda la tarde. La bosta de buey seca toma el calor, y es más caldeadora que la leña. Con eso cocía la abuelita, cocía mi papá. Después llegaron estas formas de hornilla, y se terminó eso.

Las hornillas llegaron a Pomaire como el año 30, más o menos. Las trajo un caballero que trabajaba en Valparaíso, en maceteros. Se llamaba Ernesto Ordóñez, y se vino porque tenía a los papás aquí. Allá aprendió los maceteros y cómo se quemaba en las hornillas, y trajo estos modelos de hacer hornos y quemar ahí. Después, como vio la gente que se trabajaba menos y quedaba buena la loza, todos comenzaron a hacerlo así. Era mejor la otra manera; con todo el calor del sol y el fuego que le hacían, quedaba como una campanita de loza, y firme; una olla podía durar años de años, no se quebraba, claro que de pegarle un golpe, sí. Pero del uso era muy durable; ahora no.

Mi abuelita era la que sabía todo el trabajo. Ella misma les enseñaba a los hombres cómo hacer la pila, porque eso lo hacían los hombres.

—Háganlo así, así se hace —les enseñaba, y los hom-

bres que trabajaban en la casa le hacían juicio, y lo hacían como ella les decía. Le hacían también las chacras, le regaban los sitios, porque ella tenía sus bienes raíces que los papás le habían dejado. Tenía parrones, hacía chicha, me acuerdo yo; unas tinajas grandes las llenaba con chicha.

Cuando ella murió, ya se repartieron, y así se han ido achicando los sitios. Este donde vivo pertenecía a mi mamá, que como fue la última que murió, los heredó.

Al abuelito yo no lo conocí, de nombre no más; murió hace muchos años. La abuelita murió como en el 39. Cuando ella faltó, quedó mi mamá; también siguió el mismo trabajo, y después, ahora, quedé yo.

Mi abuelita, ella misma salía a vender la loza. Echaba en la carreta ollas, pailas, platitos para que comieran los niños, pailitas, callanas —que en esos tiempos se usaba la callana, donde tostaban el trigo—; llevaba toda esa loza, y por allá llegaba a una casa.

—Traigo loza —decía.

—No tengo plata —le contestaba la gente.

—Pero tiene trigo, tiene maíz; yo le cambio por porotos, por papas.

—Sí —decía la gente—, yo tengo papas.

Y ya, una paila con papas. Ella se traía las papas y la gente se quedaba con la loza, la paila.

En otras partes, el maíz.

—No tengo plata, pues, casera.

—Pero, ¿tiene maíz?

—Sí, tengo maíz.

—Ya, una olla de maíz.

Llenaban una olla de maíz, la señora se quedaba con la olla, la abuelita se traía el maíz.

En ese tiempo, le decían el *chaveleo*; decían 'vamos a chavelear'. Como en abril o en mayo era el tiempo que se salía a chavelear. Así como iba mi abuelita, iban señoras de aquí a chavelear; iban para El Carmen, otras iban a María Pinto, otras iban para otro lado. Eran viajes de dos días, no más. Como ser, mi abuelita se iba en la mañana, alojaba por allá en la casa de una amistad, al otro día llegaba en la noche a la casa. Tenía que ir con una persona que llevara carreta. Ella buscaba. A veces iba mi papá con ella. Y muchos la conocían por allá, como iba todos los años, ya tenía amistad donde llegar. Se hacían amigas las gentes antes así. En esos años, ahora no; ahora se terminó eso.

Ese era el último viaje que se hacía a traer la cosecha para la casa, en abril, porque la gente tenía ya las papas en la casa, el maíz, el poroto, el trigo, todo eso ya lo tenían guardado en la casa.

—En abril tengo que hacer el último viaje, tengo que hacer el chaveleo —decía ella.

Nosotros vivimos en la casa de la abuelita. Mi mamá era la única hija y mi papá era el yerno. Así que lo quería mucho la abuelita y nosotros nos criamos con ella. Una casa grande, de techo. *De techo* lo llamaba la gente antigua; una casa de techo era una casa de estoquillo, todo arriba de estoquillo. Estoquillo es una planta que sale ahí por el agua; mi papá lo iba a segar, y en el primer aguacero se lo ponían a la casa, para que no se lloviera en el invierno. La casa era enorme, casa esquina, y el sitio donde nos criamos nosotros era bien grande. Tenía de todo la abuelita. Era por la calle de abajo, cerca de la iglesia.

Después murió la abuelita, y vino la repartición. Mi papá compró en otro lado, otra casa más arriba, y ahí nos cambiamos.

Mi abuelito, no me acuerdo yo en qué trabajaba, pero mi papá trabajaba en las chacras. No era inquilino, trabajaba las tierras de él no más, acá mismo. En esa épôca muchos hombres trabajaban en los fundos. Antes estaba El Tránsito, el más grande, que era el fundo de los Barros, de don Guillermo Barros; era un don fundo. Ahí iban los hombres a trabajar, también a Chiñihue, por ahí ahora La Palma, por ahí trabajaban. Ahora no, como se han aparcelado los fundos, ya están más chicos; entonces empezaron a trabajar en la greda, porque no tenían trabajo los hombres. Como la greda se vende, le tomaron interés al trabajo.

Antes El Carmen era fundo, pero ahora está aparcelado. Todos los fundos se han achicado, están aparcelados. Ahora parece que ya no lo llaman El Carmen; era de Melipilla, por allá.

También está aparcelado El Marco, pero siempre lleva el nombre de El Marco. La casa patronal queda más afuera, y es de otros ahora. Antes era más acá, y ahí tenían la iglesia. Los Morandé, los señores Morandé tenían ahí la casa patronal y tenían la iglesia. Ahora no, porque parece que eso se terminó. La han dejado, la han devorado. Y ahora tienen la casa más allá, pero otros ricos, no son los mismos.

La gente de acá iba a la iglesia de El Marco. Las misiones de El Marco eran de nombre; iba gente de aquí y de todos esos alrededores. Cuando iban a llegar las misiones, los mismos ricos andaban invitando a la gente para que fueran. Y nosotros íbamos, chicas íbamos.

Las misiones eran que los sacerdotes decían las misas en la noche y en la mañana, y la terminación era el día domingo con procesión. Eso se terminó también. No vienen misiones ahora, porque la gente se está llevando otra reli-

gión. Están cambiando a la religión evangélica. Ellos vienen con guitarra a invitar a la gente, y muchos creen y están dejando la religión católica de lado.

A don Guillermo Barros yo me acuerdo haberlo conocido, el padre de don José Barros, de don Horacio Barros; de todos esos me acuerdo yo. Pasaban por el pueblo para ir al fundo, en coches con caballos y en auto, pero andaban más en ese coche dando vueltas por el fundo. Era un cochecito con caballos. Cuando volvían a Santiago, se iban en auto. Yo creo que serían los primeros que trajeron auto aquí, como eran los más ricos, cuando apenas se veía uno que otro. Los Barros vivían en Santiago, y tenían su gente que les administraba el fundo —administrador que llaman— y trabajadores. Ellos venían a dar sus vueltas por acá.

Mi papá nunca trabajó en el fundo; trabajaba las tierras de la abuelita, hacía chacras.

Nosotros íbamos con la abuelita a ver las trillas. También es una cosa bien antigua la trilla, que ahora no se ve; yo creo que nunca más irán a hacer trillas en los fundos.

—Vamos a trillar a yegua suelta —decía la gente cuando trillaban el trigo, los porotos.

Yo me acuerdo, de hartos años, como en el año 30 sería, vi la última trilla que hubo aquí, de esas a yegua suelta.

Hacían un pedazo bien limpiecito, grande; ahí echaban todos los porotos, y amarraban cuatro bestias, retiradas unas de otras, a la última le ponían una soga larga y el hombre venía, se subía arriba del montón de porotos, y con una huasca le pegaba a las yeguas, y las yeguas iban dando vueltas, vueltas, y el hombre parado al medio. Gritaban y gritaban a las yeguas para que no se pararan. Ahí toda la gente les tamboreaba las manos a las bestias para

que dieran vueltas. Después las dejaban descansar, y ponían otras cuatro, que daban vueltas al otro lado, todo lo contrario, y el hombre estaba al medio, gritando, y la gente por los lados, tamboreando las manos. Era bonito eso.

La otra trilla que hubo después, esa fue ya a máquina. La última fue de nombre; como una despedida que dieron estos ricos aquí, los Irarrázaval, los dueños de esos potrerillos que ahora están aparcelados. Todo ese pedazo donde está la escuela, era la quinta de ellos; la quinta Irarrázaval la llamaban. Ellos hicieron esa trilla que fue la última que hubo.

—Al uso —decía—, al uso de antes.

Nunca más se ha visto.

Mi mamá, Dolores Cartagena se llamana, también trabajaba con otras señoras, porque en este trabajo se necesitan manos para trabajar. Una señora sola no puede hacerlo; puede trabajar, pero poquito. Para pedidos grandes como hacen, sus cien pailas, sus cincuenta ollas, se necesitan manos.

Mi papá no trabajaba la greda; él solo salía a vender la loza. Mi mamá la juntaba y él iba a Valparaíso, a Viña, por todas partes. Tenía carreta con bueyes y ahí salía; mi mamá se quedaba en la casa. El partía el 8 de diciembre en un viaje que hacía a Lo Vásquez. Como el 15 de enero iba a Valparaíso, y entonces íbamos nosotros, nos llevaba a mí y a mi hermana, la Mari, porque el hermano hombre era chico. Nos demorábamos sus doce días, doce días al tranco del buey. Como cuatro días de acá a Valparaíso, unos cuatro días allá, y después nos veníamos. Nos aburríamos a ratos, pero íbamos a Valparaíso. En el camino había per-

sonas que necesitaban y les vendía mi papá, pero bajaba el día sábado a la avenida Argentina en Valparaíso; ahí toda la loza la bajaba de la carreta, la ponía y la vendía en el día. Todo el día trabajábamos con él y al otro día estábamos en la casa de un caballero amigo de él, sus dos días, descansábamos y después nos veníamos. Nos llevaba para que conociéramos, le ayudáramos, y una acompaña para él; para no ir solo nos llevaba. Con mi mamá también fue varias veces, pero a ella poco le gustaba, por no dejar sola la casa.

Hacía sus tres, cuatro viajes al año, porque juntaban loza en ese tiempo. También trabajaban el mimbre, la totora. Varias personas de aquí iban a Lo Vásquez, ahí vendían.

Mi mamá nos echó de 8 años a la escuela, y nos salimos cuando ya teníamos como 16; nos sacó mi mamá porque ahí eran primarias no más, y empezamos ya a trabajar.

Yo empecé a mirar cómo se hacía la loza –porque había gente trabajando en la casa–. Entonces mi mamá nos ponía a ayudarle y así fui aprendiendo.

A mi papá le ayudábamos también, como éramos las mayores y el hermano era más chico, nos llevaba mi papá a ayudarle en todos los trabajos de campo. A limpiar cebollas, a plantar cebollas. Ibamos todos, mi abuelita, mi papá; era un gusto para nosotros ir, no a la casa sino a otro sitio, a hacer todo eso. Era el sitio de mi abuelita, que mi papá se lo sembraba.

Mi mamá era muy delicada, no le gustaba salir. Se pasaba amasando, y el día domingo salíamos. Teníamos chiquillas amigas, pero ahí no más, un rato de permiso nos daban para jugar en la calle, y después a ver las cosas, a ver los pollos, a encerrar las gallinas, darle comida a los chan-

chos, todas esas cosas. Se acostumbra uno, se acostumbra a una vida así. Y temprano a uno ya la llamaban para adentro, porque no ve que en esos años no había luz, era oscuro el pueblo. Todos a acostarse temprano; al otro día, levantarse temprano.

No le gustaba que pololeáramos a mi mamá, siempre se da así con la gente antigua, por cuidar a la hija, creo yo. Por eso eran delicados los antiguos.

Yo aprendí la greda cuando ya no fuimos más al colegio. Tendría como 17, 18 años, más o menos. Miraba como hacían la loza, y ahí me fue gustando y lo fui aprendiendo. Porque así se aprende, de mirar; y el mismo trabajo va enseñando. Empecé a hacer pailitas, juguetes –también los sé hacer–, y después me comenzó a gustar hacer loza grande, y ya empecé a trabajar. A la escuela fui hasta los 16 años; había hasta 4to. aquí no más. Pero en esos años las profesoras enseñaban, era directora y profesora; aprendimos a leer y escribir, las cuatro operaciones. Y aprendiendo eso, decía mi mamá, ¿para qué van a estar más en la escuela? Ahora a salir a trabajar, a ayudarle a trabajar a ella. Después de los quehaceres de la casa, ella nos ponía a todos a trabajar. Ella no tenía puesto, guardaba la loza en un cuarto, y cando llegaba el tiempo de salir, sacaba la loza que necesitaba llevar, salía mi papá y ella seguía trabajando, haciendo más todo el tiempo. Igual que ahora, que se trabaja todos los días.

Cuando mi papá murió, en el 49, ya no se salió más a vender fuera de Pomaire. Quedamos más solas con mi mamá, ahí se terminó todo. Ella vendió la carreta, vendió bueyes, vendió todo, así que ya no salió más.

Después fueron casándose mis hermanas. Primero se

casó la Amelia y salió de la casa. Después se casó el hermano, y fuimos quedando las dos, con la hermana que está al lado. Cuando murió mi mamá, se casó ella. Mi mamá murió el 59, se llevaron diez años con mi papá.

Después que ella murió, como ya nos conocían gente de Valparaíso, gente de Casablanca, gente de todas partes, llegaban a la misma casa a buscarnos, y yo vendo todo aquí, toda la locita la vendo aquí mismo yo. La única salida que hice este año fue a la exposición, a San Bernardo. Allá fuimos invitadas con mi sobrina. La única salida que hago, pero todo lo demás lo vendo aquí mismo. Voy muy a lo lejos a Santiago, como que me duele la cabeza cuando voy ahí, por el ruido.

A mí me mandan a hacer. Me mandan a hacer un pedido de unas veinte pailas, o tres, cinco docenas, diez ollas de un tamaño, diez de otro tamaño.

—Para tal día vengo —dicen.

Entonces uno sabe, para tal día las tiene que tener.

Los que encargan son gente de Santiago. Yo no trabajo para ningún puesto de Pomaire, sólo para Santiago.

Ahora, para el domingo en la mañana, vienen a llevar todo esto que usted ve aquí. El sábado lo vamos a quemar.

Las cosas que se hacen ahora son la misma forma que en esos años de mi abuelita, de mi mamá. Yo al menos llevo la misma forma, misma forma de paila, la fuente con tapa, la olla. La señora Rosa, la mamá de la Rosita Astorga, me enseñó a mí que no se perdiera la tradición de la artesanía.

—Usted no cambie la paila —me decía—, la olla, hágala, la asadera, la fuente con tapa, estas cosas; pero no haga esas cosas con monos que están haciendo ahora, porque eso no es artesanía.

Antes no se hacían cosas de adorno. Todo lo que se hacía eran cosas utilitarias, cosas para usar en la casa. La olla era para los porotos, la paila era para lavar los platos, pelar papas; la fuente con tapa, para hacer pastel. Ahora han sacado otros modelos, han sacado floreros, otras cosas; pero antes, cuando yo me acuerdo, no. Se hacían cántaros también, el cántaro es bien antiguo, era para la chicha. Yo hago esas mismas cosas, pero la gente que ya me conoce trae modelos para que se los saque, y yo se los saco.

A mí me gusta hacer de todo, si me mandan a hacer pailas, las hago; si me mandan a hacer ollas, igual. De todo hago yo, menos figuras, figuras en cara, no; nunca me ha llamado la atención aprender. La paila, las fuentes, las ollas, budineras, todo eso hago, pero modelos en cara, no. También hago juguetes, son miniaturas; la gente los llama miniaturas; son ollitas, teteritas, todas esas cositas.

Antes se usaban otras cosas también el librillo, *librillo* no es igual a la paila, no lleva orejas y es más extendido que la paila. No lleva esa vuelta para adentro que lleva la paila. El librillo va derecho como fuente, lo usaba la gente en el campo para pelar mote; otros lo usaban para lavar. Y la *olla motera*; la compraban y la llevaban a Santiago para echar huesillos y pelar mote, y vendían el mote con huesillos en esas ollas. Por eso las llamaban ollas moteras. Era olla grande, que hacía sus diez litros.

Yo trabajo después de mis quehaceres en la casa. A ratitos hago esto, después que hago el almuerzo, el aseo, me siento a trabajar. Desde las dos hasta las seis, las siete de la tarde.

Yo no sé quién sacaría este trabajo de la greda, creo

que este trabajo es del tiempo de los indios, porque han aparecido modelos en la tierra, enterrados; han sacado cantaritos, ollas de greda. Por eso tienen que ser del tiempo de indios este trabajo de greda, y así fue quedando.

La greda yo la compro, en varias partes venden, a 180, a 200 pesos la carretilla. Ya viene lista para trabajarla, las piedras se las muele la máquina, lo que sí uno tiene que tener cuidado, es que a veces le salen palitos, se quema en el horno el palito y entonces se quiebra, se pierde toda una pieza.

Aquí hay como cuatro caballeros que se dedican a pasar greda. Ellos van a buscar la greda al cerro, en camión. Traen la camionada de greda y la echan a remojar en un hoyo, al otro día está mojadita, la sacan y la echan a una máquina, a esa máquina que tiene rodillo, y con eso va dando vueltas, va moliendo la greda, muelen las piedras, muelen todo. Ahí va la gente a comprar la greda. Otros van ellos mismos a buscarla, en carretilla, al otro lado del cerro. Pero la mayoría, por más alivio, la compran pasadita, listita para llegar y trabajar.

Le voy a mostrar cómo se hace una cosa de greda. Le voy a hacer una, para que vea cómo se empieza.

Se hace primero un poyito de greda y después con la misma mano se le va dando forma, esto es para hacer una paila. Después se arregla aquí con los dedos y con esta herramienta —esta herramienta es de calabaza y por aquí ahora se llama *mate*— se va emparejando la parte de adentro. Entonces yo le paso el mate, y después se le pasa esto; éste es un cuerito de zapato que se llama *cordobán*, se moja no más y se le va pasando hasta que quede bien parejita.

En muchas partes hacen esto en torno; a este tornito que yo tengo le llaman *torno de mano*. Pero para armar la forma tiene que ser un torno grande, le hacen con el pie. Esos no los trabajan las mujeres, sólo los hombres. Es que es muy pesado ese trabajo para la mujer; el hombre no más trabaja en eso.

Yo todavía estoy trabajando a la antigua, con *colo*. El colo me lo trajo una sobrina, de Santiago, del cerro San Cristóbal. Usted se ha fijado en el cerro San Cristóbal, que da unas piedras como cafés, de color oscuro. Eso es *colo*. De allá se traía, se trae todavía. Tengo un poco por ahí, que tengo que asolearlo. Lo pongo al sol, cuando está bien calientito, lo pongo a una paila con agua; entonces esa piedra con lo caliente del sol se deshace. Después lo muelo con una piedra —aquí tengo la piedra—, lo lavo y toda esa agüita se le bota y el conchito de abajo, que queda espesito, se va poniéndole a la loza, ese color. Ahora la gente, porque es mucho trabajo, no traen el colo de Santiago; están comprando tierra en la mercería, un cuarto de tierra colorada. Hacen con la greda una mazamorra, una cosa espesa. Ya estando bien espesa, le echan una cucharada grande de tierra de la mercería, y eso pone color a la artesa y se lo están echando a las pailas, las va dejando coloraditas. Después les sacan brillo. Queda casi aparente eso, pero lo que pasa es que el colo no se sale nunca más. Se cuece y se introduce en la greda y no se sale. La tierra colorada, usted está lavando una cosa con el estropajo y está saliendo lo colorado. No es colo. De antes la gente usaba el colo y por eso yo todavía lo uso, lo uso igual. A las pailas, a las ollas, les pongo colo, las encolo, porque me quedan coloraditas, lo mismo que antes. Si no les pongo, queda el color de la greda.

No da ese brillo, ese brillo no lo da la greda que no está encolada, aunque se lustre; lo da el colo.

Cuando mi papá iba a Santiago a vender loza, ahí pasaba al cerro San Cristóbal a buscar el colo. También cuando iba al viaje de la Purísima, el 8 de diciembre, traía colo de los cerros de ahí, de Ibacache, de la costa, de Cartagena en el verano, de Lo Gallardo. Ese era el *colo costino*; mi mamá lo revolvía con el colo santiaguino y le quedaba bien bonito, le daba el mismo color. Lo que tiene el colo costino es que no se muele como el santiaguino, se remoja no más en un lavatorio y se refriega con la mano, va refregándose, refregándose y se va deshaciendo, porque es blando, no es piedra, como el colo santiaguino; es como imitando greda. Mi mamá lo dejaba igual que el colo santiaguino, para el otro día, y después le botaba el agua, lo clarito, y el conchito lo revolvía con el colo santiaguino y con eso encolaba.

Quizás a usted en lo que ha conversado por ahí le han dicho que antes a las ollas, a los librillos, a la pailas les pasaban *oropel*. Eso es otra cosa que da el cerro por allí, da unas minas de oropel. Es una cosa que al pasarle así a la loza, brilla el oropel, brilla. Es piedra también y se lava con las manos. Después se saca igual que el colo, se saca el conchito y con una motita de algodón se pasa. Después de cocido, brilla. Me acuerdo de hartos años que mi mamá lo hacía. A las ollas grandes moteras que hacía les pasaba en la guata el oropel, como dibujitos les hacía, les pasaba aquí en las orejas. También se terminó eso, nadie les pasa más oropel. Hay minas, hay vetas ahí en el cerro, de ahí del Portezuelo para arriba hay vetas de oropel. A esa subida que hay ahí, de El Marco para acá, la llamamos Portezuelo.

Ahora esto que le estoy haciendo a la paila –le gusta saber todo ¿ah?–, esto es como una cosita que le estoy poniendo aquí. Ese cortecito yo lo hago como *lujo*; voy a hacerle otro igual, para que quede más bonito, bien arregladito, así con el dedo. Eso es para que quede así, para que quede más bonito, no más. Se le nota poquito después; como una rayita. A los otros hay que hacerles todavía eso. Eso no se lo enseñan a uno, de la cabeza no más va sacando las cosas, para que queden más bonitas. Después se le pasa un poquito la piedra, con agüita –eso se llama *lustrar de agua*– y queda así, lisito, y a este lado igual.

Yo trabajo con mi hermana, siempre lo hago. Ella necesita y yo también, pues. Yo hago la loza y se la dejo así, y ella hace lo demás; hay que dejar que seque y volver a lustrarla con piedra, *en seco*. No sabe hacer formas, no aprendió, porque en vida de la mamá se ocupaba de la cocina no más, de las cosas de la casa. Nos repartimos la plata. Si vendemos 1.000 pesoss, 500 para ella y 500 para mí, igual. Yo considero que es el mismo trabajo el de ella y el mío, porque lo que hace cuesta harto. Además, algunas veces, cuando yo tengo mucho que hacer, hace ella el almuerzo y me lo trae para acá. Cuando no, yo hago el almuerzo.

Después, cuando vamos a quemar, entre todos prendemos el horno, con mi vecina, mi hermana; su marido trabaja la greda también, en maceteros.

Para cocer, primero se echa al horno la loza y ahí se pone un poquito de fuego, a fuego lento, que se dice, poquito a poco; son tres horas para calentar la loza, porque si se le echa el fuego al tiro para adentro, se quiebra toda. Se va calentando de a poquito, después de tres horas

de calentarla, la toca uno, si está bien caliente, negrita, entonces se le echa el fuego para adentro. Después son como dos horas, más o menos, y leña fuerte, de eucalipto, hasta que se pone coloradita toda arriba. Entonces está cocida. El horno está tapado, pero se ve para adentro; se levanta una latita, se mira y cuando está coloradita se saca el fuego para afuera, toda la brasa que ha quedado se le echa arriba para que termine de cocer todo bien. Así es como se cuece.

La leña se compra, entran camiones con leña de eucalipto, y esa se compra por cargas. Entran el día lunes dos o tres camiones a vender leña por aquí.

Antes la greda era trabajo de mujer, el hombre no trabajaba en la loza. Se avergonzaba un hombre que lo encontraban trabajando, lustrando, sacándole brillo. Ahora no, hombres y mujeres trabajan en la loza y a nadie le da vergüenza, porque es trabajo, pues.

Los hombres empezaron con la greda porque tiene venta; se vende la loza y los hombres sobre todo no tienen mucho trabajo por ahí. Como ahora se han aparcelado los fundos, hay poco trabajo. Los dueños de casa, algunos trabajan en la greda, otros en cestería, hacen canastos, mimbre. Los hombres trabajan en maceteros y la mujer, no. Yo no he visto todavía que alguna mujer trabaje en maceteros. Lo que hay es señoras que tienen negocio y contratan a un hombre que les vaya a cortar maceteros. A ése le pagan, pues. Le pagan que corte sus diez maceteros de una forma, diez de otra; entonces corta toda ese día el hombre, en la tarde le pagan y se va para su casa. Ese es un negocio que tiene él. No es artesanía, porque el macetero es hecho a torno y el torno no es artesanía.

La gente no conoce lo que es artesanía, todo lo llaman artesanía; creen que cuando una cosa está hecha en torno es igual que la otra hecha a mano. No, pues, es muy distinto, porque una olla hecha en torno no tiene la misma duración que una hecha a mano. La hecha a mano queda más firme, más durable, mejor hecha.

Algunas me han confiado que el torno está de muchos años, de cuando Cristo anduvo por el mundo. Eso no sé explicarme si es cierto o no; yo me acuerdo de hartos años que aquí no había torno, y no hace muchos años cuando ese caballero, don Ernesto Ordóñez, trajo el torno aquí al pueblo. El fue el que lo trajo, no Ño Camastrón, como dicen los que no saben. 'Ño Camastrón' es apodo, Guerra es el apellido. Es que aquí mucha gente pone apodos. La gente que viene preguntando por una persona, uno no da, no se recuerda; pero si le recuerdan el apodo, uno sabe al tiro. Todo el mundo tiene apodo, yo creo que hasta yo debo tenerlo; me deben haber visto pasar por la calle y ya tengo apodo. Pero ahora la gente está más civilizada; antes dicen que se nombraban por el puro apodo, ahora no, ahora eso ya está terminando.

El viejito ese, Ño Camastrón, se vino de Santiago. Vino estos días, no más; harán dos años que llegó por aquí. El primero que trajo el torno y la forma del torno fue Ernesto Ordóñez. Eso hará, mire, en el año 49 que murió mi papá, ya había torno. Pongámosle, como en el 30 sería. Cuando murió Ernesto Ordóñez, quedó el hijo, El hijo comenzó a trabajar en lo mismo, y ahí comenzó la gente a admirar el torno, a hacer la forma del torno y aprender a trabajar en el torno. Después, la familia Ordóñez se fue a Puente Alto.

Para mí, la artesanía va a ir terminándose poco a

poco, porque con los tornos la gente está haciendo las cosas más rápido. Cosas hechas a mano demoran más, pero quedan más tiernas y más seguras y mejores. La loza hecha en torno no queda igual, pero la gente no sabe apreciar lo que es la artesanía hecha a mano con la artesanía hecha a torno. Suponiendo, si una persona que vive al lado está haciendo una olla hecha a torno y la da en 100 pesos, yo lo hago a mano y la doy a 200. Yo no la vendo, compran la otra que es más barata. Por eso la gente está haciendo a torno, y la artesanía hecha a mano se está terminando. Poco a poco se va a ir terminando.

Yo no trabajo para ningún puesto de Pomaire, sólo para Santiago. No sé dónde lo venden; tienen puestos en Santiago, ahí los compra cualquiera.

Para mí no es negocio tener puesto, porque me quita mucho tiempo. Tuve negocio, puesto de loza, pero me veía muy apurada. Venía una persona, me llevaba todas las pailas que tenía yo —suponiendo que tenía cinco docenas de pailas, me las llevaba todas—; entonces ahí me quedaba el puesto pelado, me ponía nerviosa de tener más loza.

—Hasta aquí, no más —me dije entonces—. No pongo más puesto.

Es mejor un pedido; lo hago, lo entrego, sigo haciendo otro pedido, y así.

La gente que tiene puestos vende a comerciantes, también. Entran el día lunes los comerciantes y compran por ahí por los puestos. No me gusta el puesto; el que tuve fue en la otra casa, frente al Correo, una grande que hay allá donde hay una palma. La casa que mis papás me heredaron. Yo vivía solita y para mí, yo pensaba que era muy grande y sola la casa. Cuando había temblores, viera que

pasaba susto. No ve que es tan alta la casa antigua. Me daba susto, porque esa casa fue escuela; mi papá la arrendó escuela treinta años. Eran salas, no eran piezas, salas grandes, y como yo tenía poquitas cosas... cuando ya nos repartimos los hermanos, todos tocaron un poquito de lo que tenía mi mamá. Yo en la oficina cabía de más con lo que tenía, y me quedaban todas las piezas desocupadas. Entonces, como vieron que vivía sola, llegaron a arrendarme una pieza. Les arrende, gente conocida.

—Bueno —dije yo—, me sirve para acompaña. Les arrendamos. Así comencé a arrendar y recibía algo. Después ya se me ofreció vender porque era muy grande para mí; eran 28 de frente por 79 de fondo. Esta tiene 18 de frente por 70 de fondo. Hasta ahí donde está el hornito. Y de ahí para allá, es de mi hermana; es herencia de mi papá. Ella no ha cambiado nunca, heredó ésa y ahí vive. El hermano también, vive ahí, en lo que le dejó mi mamá.

Fue mi hermano el que me convenció de que vendiera la otra casa.

—Vende esa casa —me dijo— y compra allá arriba. El dueño vende ese pedacito, te acompaña más, y esta casa cuándo la vas a arreglar para vos sola.

—Ya, pues —le dije yo—, voy a vender.

—Te voy a traer la dirección cuando hables con él —me dijo—; vive en Santiago.

Y me trajo la dirección y yo puse en venta la casa; en la radio de Melipilla puse que vendía esa casa. Así que vino harta gente, hasta que vino este caballero de Santiago, que siempre había querido vivir en el campo, y él me la compró y con esa misma plata, compré aquí. Me sobró plata y la depositè; no ve que uno sola no puede tener plata, como que dicen: la plata tiene olor.

Aquí es calentito. No ve que estos son adobes de barro; en el verano es heladito allá adentro, y en el invierno con poquitas brasitas que entre, ya se calienta la pieza.

El sitio es a medias, es mío y mi cuñado lo siembra, porque él sabe el trabajo de chacra. Es chofer y sabe chacra también. Este año sembramos maíz, se dio bien bonito. Después se saca el maíz y parece que le va a poner papas el marido de mi hermana. Hay que avenirse, ser avenidos en una casa; así se pasa bien.

Yo quería tener un hornito aquí en la casa, para hacer pan de vez en cuando, porque cuando hacen las vecinas, me convidan, me traen panes amasados. Y mi sobrino me hizo uno que salió bien bueno, porque gasta bien poquita leña.

—Mira, hazlo así —le decía yo—. Ahora se le ponen otros palos y más encima ponle barro; encima del barro ponle arena, revuelve la arena con sal y ponla. La sal es para que guarde calorías.

—Así se hacen los hornos —le decía yo. Porque yo recuerdo que mi papá hacía hornos bien hechitos en la casa, y los hacía así, y así me lo hizo él.

A todos nos heredó mi papá con un sitio, a los cuatro hijos nos dejó donde vivir. La casa donde vivíamos le quedó al hermano.

Mi hermana Amelia enviudó y se volvió a casar; tiene hijos de este otro marido, dos hijos hombres y una niñita que ya está casada también.

Yo vivo con una sobrina, es hija de una sobrina mía. Tiene diez años, es chiquitita, por ahí anda jugando. Me la tienen prestada para que viva conmigo, y yo la quiero como hija. Mi sobrina vive ahí, al ladito de abajo. La niña estaba chiquitita cuando yo me la traje para que viviera

conmigo. Es que no me gusta vivir sola; no se puede vivir así, no tiene con quien conversar uno, y una niñita chica, aunque esté durmiendo, ya es una compañía. Sola no, no puedo; converso con los gatos, con los perros.

La mamá de la niñita tiene tele, y se me va para allá.

—Tía —me dice—, quiero ir a ver tele.

—Vaya, pues —le digo. Y me la vienen a dejar en la noche.

—Después, mijita —le dijo—, yo le voy a comprar tele, en un tiempo más, que tenga más plata.

Así la conformo. Yo no voy a mirar. Para qué me voy a acostumbrar, si nunca voy a tener. Entonces me digo, no, mejor cuando yo tenga, entonces voy a ver tele tranquila.

Económicamente no me las arreglo muy bien con la greda, porque soy sola y hago de a poquito, pero no es suficiente en realidad para vivir. No se vive bien. Donde hay un hombre, trabaja más. Hay personas aquí que han surgido con la greda, pero es trabajo de hombres. Trabajan en maceteros y las señoras más bien les ayudan. Esos sí que están bien. Una mujer sola no tiene ayuda de nada. Tienen que traerle la greda a la casa, porque yo no voy a salir a comprarla. Para cocerla, tengo que buscar un hombre que me la cueza. Tengo yo hornilla mía, propia, pero tengo que pagar una persona, un hombre que me la cueza. Entonces, todo eso es pago y va quedando menos. No he conocido a ninguna señora que se las haya arreglado sola, ha sido toda gente humilde. Aquí la gente que ha tenido algo de antes, en los años de la repartición del pueblo, esos se las arreglaron bien porque quedaron con sitios grandes. Esos, yo creo que viven bien, pero con la greda no.

No son iguales las ventas todo el año; en el invierno se retira un poco la gente. No se vende tanto, y tampoco se

puede sacar loza muy seguido, porque los días nublados o que llueve no se puede trabajar. Son tres meses de invierno, junio, julio y agosto, los más helados. Esos no los trabajamos porque es muy frío el trabajo. Cuando están los días buenos, podemos hacer algo, poquito. Pero ya de septiembre para adelante se puede trabajar. Este año se vendió la loza, porque el año pasado –enero y febrero– no se vendió nada.

Nunca he hecho un cálculo de cuánto me gano, pero todas las cosas que yo hago las vendo bien vendidas, me las pagan. La gente que me compra ve que las cosas están bien hechas y bien cocidas.

–Mire –yo les digo–, usted sabe lo que trabajo. Soy bien calmadita para hacerlo, pero le cuesta tanto. Si usted quiere, me compra la loza.

Esa paila, yo la vendo a 200 pesos porque es grande, está bien hechita; la ve la gente, la mira por un lado y por otro, no está quebrada, me dan los 200 pesos. Entonces yo encuentro que me pagan bien mi trabajo.

No todas son artesanas, las otras son comerciantes. Las que tienen puesto para allá arriba, algunas compran y venden: esas son comerciantes. Las artesanas, nosotras hacemos la loza y la vendemos, como la señora Iris Muñoz, la María, unas cuantas que todavía quedamos de artesanas. Ellas no tienen cortador; hacen a mano ellas. Las comerciantes, como ser, me la vienen a comprar a mí en menos precio y la venden allá. Entonces ellas se ganan la plata, uno queda con el trabajo, sí.

La juventud ahora parece que no trabaja mucho en la greda, no les gusta porque ganan poca plata, y se van a ocupar; otros entran de carabineros. A mí me gustaría que

aprendieran a trabajar, que siguieran la artesanía. La niñita que vive conmigo, ella me ayuda a lustrar, pero no le queda mucho tiempo, porque está en el colegio.

—En primer lugar —le digo yo—, sus tareas y si le queda tiempo me ayuda, cuando esté desocupada.

También le doy recreo, como es chica, para que juegue, que se distraiga la memoria. Yo quiero que estudie porque tiene buena memoria.

A mi sobrina sí la obligaba a que me ayudara a lustrar; la obligaba, y así aprendió. A otra gente, no, porque trabajan en sus casas y hacen lo que ellas quieren. Pero a ella le enseñé a hacer todas las cosas como yo sé hacerlas; ella las aprendió y así, las hace.

Es que cualquier día falto yo y ya no va a trabajar otra persona como yo trabajo.

MARIA LOPEZ
(1942)

Me recuerdo yo pobreza, pobres toda la vida. Yo me crié en pobreza; vivíamos más pobres que ahora. Cuando era chica —nevaba en ese tiempo— me mandaban nevando a comprar, y lejos. A pie pelado y nevando.

—Miren —les digo a mis hijos—, yo sufrí mucho más que ustedes, y eso que era la única hija.

A las cuatro de la mañana ya iba yo con el papá a ayudarle a cortar leña al cerro; él me llevaba a bajar la leña. Y a la escuela fui poco, estuve hasta Tercer Año no más.

Mi mamá me llevaba a cortar poroto, a amarrar, a desbrotar la viña, a todas esas cosas. De ahí aprendí a trabajar, desde que ella me tuvo. Me acuerdo que cuando yo tenía como cinco años, me dejaba abajo de una parra y ella trabajaba. Yo me crié en la cuestión de la agricultura; lo único que me falta es pescar arado. Eso no lo he intentado, pero el resto lo hago.

Yo creo que mi mamá era mapuche, porque se llamaba Juana Rosa Carril Ñicuñil. Tiene que haber sido mapuche. Me contaba que era de Lebu, más allá de Concepción. Su papá tenía tierras, sembraba, tenía un molino donde molían el trigo, hacían la harina. Iba toda la gente a moler

al molino que él tenía. Trabajaban segando el trigo y lo llevaban en las carretas. Ella ayudaba a tirar las gavillas al molino. Nunca me llevó a mí a conocer.

Yo a veces le preguntaba cómo era la ropa que ella usaba; decía que andaban con vestidos largos, cuando andaban a caballo usaban unos ropones; su mamá no las dejaba usar vestidos cortos. Mi mamá me mostró una foto de cuando ella era jovencita, con sombrero, un sombrero con rosas grandes. Yo no sé si se usarían, pero ella decía que en su tiempo, sí.

Me contaba que no la hacían trabajar mucho en el campo, pero que cuando fueron más grandes, les daba a ellas por ir a ayudarle al papá. Al papá la gente le traía las cosechas, porque no había otro molino más que el de ellos; se contrataban carretas para echar los sacos que el papá molía. También decía que allá criaban muchos animales, muchas aves, ovejas, gallinas, pavos, todas esas cosas. Y ellas iban a lavar las lanas a un estero; iban a los cerros a buscar palos —no sé qué palos serían— y con eso teñían la lana. Ella sabía coser, sabía tejer, hacer bordados.

—Yo nunca me crié así como estamos pasando —me decía—; a nosotros nunca nos faltó nada. Allá mi papá era *don* Manuel, porque nosotros éramos los que teníamos más.

Cuando murió su mamá, su papá quedó con un hermano y ella se vino a trabajar a Santiago, muy niña, como de 14 años. De aquí le mandaba encomiendas a su papá y le mandaba cartas; así sabían cómo estaba ella, cómo estaban allá. Después se alejó y ya no supo más de la familia. Yo no conocí familiares de la mamá.

Trabajaba en Conchalí ella; una vez me llevó a conocer a su patrones, a una casa de altos, un chalet.

Mi papá era de San Fernando, de San Vicente. Raúl López Salinas se llama. No tenían tierras allá, sino que vivían en un fundo; no sé cuál sería porque él muy pocas palabras conversaba; la abuelita me contaba que ellos vivían por ahí. Se vinieron porque decían que acá pagaban más. Primero estuvieron en la Viña Tarapacá, en Puente Alto; después en La Palma, y de La Palma se trasladaron a Pomaire. Vivían donde están las calles principales, en casas de inquilinos. Todos los trabajadores de la viña vivían afuera.

Mi mamá se casó con mi papá cuando estaba en Conchalí; en poder de los patrones se casó. Tenía como 40 años, y por eso me tuvo a mí no más. No pudo tener más hijos. Primero vivían en Conchalí, pero a él no le gustaba porque Conchalí es en Santiago; él quería trabajar en agricultura y por eso se fueron a Puente Alto. Eso es campo; toda la vida hemos vivido en el campo nosotros. Ella se vino a trabajar en fundo también.

Mi mamá murió cuando yo tenía como diez años. Murió de mucho trabajar; se le agotaron los pulmones. Picaba la tierra, le sembraba de un todo. Era mejor que mi papá para hacer siembra, para las flores. Ella tenía flores. Sabía segar el trigo, ¡qué no sabía hacer! Trabajaba el terreno que le daban los patrones, media cuadra de tierra. Entonces le dio cáncer al pulmón, de tanto trabajo.

Cuando murió mi mamá, yo quedé sola con el papá; no tuvo donde dejarme. Al mes después, él se casó de nuevo; creo que tiene que haberla conocido de antes. Yo no quería estar con él, porque la madrastra, muy buena puede ser, pero uno sufre. Yo sufría, y le dije si me venía con los abuelitos. El dijo que bueno, que yo era la que sabía. Y me vino a dejar.

Mis abuelitos trabajaban en agricultura; eran inquilinos y se vinieron de la Viña Tarapacá a este fundo de Viña Pomaire. Yo quedé en poder de ellos; estuve trabajando acá mismo, ocupada en una casa, y después me casé, al lado de ellos. Me casé porque tenía una tía que no era buena conmigo y yo sufría. Hace como diecinueve años que me casé. No vivíamos nosotros con nadie, porque para ser franca, el papá mío no le caía bien a él. Mi papá se vino al pueblo cuando yo ya estaba casada, porque estaba toda su familia y le dijeron que había trabajo; a él lo habían despedido. Ahora lo veo cada dos, cada cinco meses. El no viene a verme y yo soy la que tiene que ir.

—¿Por qué no va a verme? —me dice.

—Y usted vaya a verme a mí —le digo yo, porque los míos son los únicos nietos que tiene.

Cuando nos casamos, nos fuimos con mi marido a un cerro en un fundo cerca de Valparaíso que se aparceló después, la hacienda Ibacache. Era muy solo. Lo contrataron para que cortara ladrillos. El cortaba los ladrillos y yo se los paraba. Eran diez hombres; unos los cocían, otros hacían los barrones, otros buscaban paja y los demás cortaban. Yo hacía comida para los trabajadores y ellos me pagaban a la semana. Los esperaba a cada uno con su choquero en el fuego, el que quería tomaba café y el que no, tomaba té; en una olla grande les hacía la comida; a las 12 les daba en un plato.

Ahí estuvimos seis años; tres años en el cerro, y a los tres años nos bajó el patrón a las casas del fundo.

Allá en el cerro nació la niña, en una ruquita, no más. Cuando llegó el tiempo que iba a enfermarme, no tenía recursos para venirme; había que ir a María Pinto, que era tan lejos; en que llegara la ambulancia ya habría nacido la

niña. Me enfermé como a la una de la mañana y yo no decía ninguna cosa. Estaba calladita, no más.

—Aquí ¿quién me va a atender? —pensaba yo. Pero después ya me dio valor.

—Si estoy para vivir —me decía—, voy a vivir; si voy a morir, muero.

Mi marido me vio tan enferma que se asustó.

—¿Quiere que vaya a buscar una señora? —me dijo—, porque me contaron que hay una partera.

Salió a buscarla y la señora me fue a atender.

— ¡Uy! —dijo cuando llegó—, va a tener un parto seco.

Se puso nerviosa y no hallaba qué hacer la viejita. Tuvo que meter mano mi marido también. Y como a las dos y media de la tarde nació la niña. El puso agua caliente y en una fuente de greda la lavó; la tomó y la lavó el papá, y dice que con una cuchara le raspaba el cuerpecito, porque venia lleno de grasa.

Era una ruquita ahí donde nació, hecha con pedazos de zinc. El patrón nos había llevado un somier, pero sin patas, y lo teníamos arriba de una como cama de adobes, con los colchones; era chiquitito, y ahí nació ella. Una ruquita de zinc. nada más, y de puerta unos sacos.

En la hacienda Ibacache había mucha gente. Las casas estaban como en un callejón. Era muy grande, llegaba hasta la cuesta. Había un almacén que se llamaba pulpería, y nos daban un vale para que fuéramos a buscar las cosas ahí. Cuando le pagaban a mi marido, una vez al mes, le hacían el descuento de lo que habíamos sacado. Cada quince días, también, le daban un suple.

A los inquilinos les daban, además del sueldo, una cuadra de tierra, pero al voluntario, no. Mi marido era vo-

luntario. El ayudaba no más, a gente que era buena, y esa gente le regalaba papas, porotos, todas esas cosas.

—Voy a ayudar a tal persona —me decía—, a quebrar maíz.

—Vamos —le decía yo; llevaba a los dos niños más grandes y partíamos a quebrar maíz.

Como las mujeres no trabajaban en eso, se admiraban porque yo iba a ayudarle a mi marido. Ellas tenían su huerta, sembraban; tenían sus vacas, diez, quince vacas en cada casa. Sacaban leche, hacían el queso; tenían aves, gallinas y trabajaban para la casa no más, no para afuera. Tampoco salían a trabajar al campo.

Vivían bien los inquilinos, no les faltaba ninguna cosa. Había plata, pasaban comerciantes; al comerciante le daban queso y dejaban lo que necesitaban. O compraban con plata que tenían de vender sacos de papas. Y quedaban con sus cosechas, con las bolsas de azúcar, quintales de harina... Tenían mucho mejor situación que nosotros; yo tenía una pura pieza y un pedacito para hacer la cocina, porque había otra gente al lado.

Los dueños eran buenos patrones. Tenían otra hacienda en María Pinto. La señora hacía Centros de Madres, se reunía con las señoras para que empezaran a tejer, a tener cualquier actividad; les traía géneros, frazadas, camas, todas esas cosas para la gente. Yo también estuve, pero como dos meses, porque después la señora ya no fue más, y ahí se aparceló el fundo.

Para tener parcela había que tener tractor, caballos, herramientas, y como mi marido era así no más, no tenía nada, y había que pagar impuestos y préstamos en el banco, entonces tuvimos que venirnos. Yo todavía tengo cuatro compadres por allá que tienen sus parcelas grandes, con

casas; tienen papas, tienen todas esas cosas. Algunos las están vendiendo ahora porque dicen que las siembras no les dan. Está mala la siembra.

Nosotros no teníamos derecho a parcela ni teníamos cómo trabajar, porque estábamos de allegados no más. Eramos los únicos de afuera y mi marido tenía ganas de venirse para acá, para su tierra, para Pomaire.

De ahí nos vinimos a la casa de mi suegra, aquí en Pomaire. Debe haber sido como el 68, porque nació el niño mayor en el 63, la niña el 64 y ella tenía como cuatro años; ahí nacieron cuatro niños. Cuando me vine el menor tenía tres meses, los otros nacieron aquí.

La casa de mi suegra está en el pueblo y ahí nos prestaban una pieza; nosotros hicimos dos piecesitas chicas de barro, barro y pajena, de esa de hinojo. Mi marido vendió unos somieres para hacerlas. Estando embarraditas, queda un pieza como ésta, eso sí que harto endeble; los palos no son iguales, porque ésta es de adobe, de adobe acostado, bien firme; acá no se sienten los temblores. Allá donde mi suegra nos tocó el terremoto grande que hubo; nos tuvimos que ir a la escuela porque las dos piezas se cayeron, hasta que nos dieron por ahí una casita, una mediagua. Quedé sin nada yo, apenas salvé las camas, y para más llovió, quedó todo mojado. No salvé ni platos ni cucharas, ninguna cosa salvamos. Toda la ropa quedó mojada.

En ese tiempo, mi marido trabajaba en el chancho; iba a la casa de los dueños, mataba el chancho, lo pelaba, hacía los arroliados, las prietas. Eso en invierno, en mayo empiezan a matar. Después los buscaban por ahí, o él iba a buscar a la gente que tenía siembra, salía a sacar papas, a quebrar maíz, a cortar porotos.

Cuando me llegó la mediagua, fui a hablar con el dueño de la Viña Pomaire, con don Otto. El me dio un pedacito para instalarme en el cerro. Y como al mes, empezamos a trabajar en la viña. Un caballero nos dijo que firmáramos un contrato por seis meses y mi marido firmó; él quedó trabajando y yo le ayudaba a abrir hileras, a desbrotar, a amarrar, a envolver, todas esas cosas. En agosto se empieza a recoger el sarmiento, se empieza a amarrar la parra; después ya viene la desbrotadura, se desbrota de la mitad para abajo. Eso durará quince días a lo mucho. La vendimia es en marzo, quince días, y ahí se acabó, ya no hay más trabajo; esperar no más al otro año.

Los maridos hacen el cuidado de las viñas; ellos aran, riegan. Le pagaban a él, porque él firmó el contrato. Yo iba no más, y lo ayudaba. A los niños los mandaba a la escuela y en la tarde iban a ayudar los más grandes; la niña quedaba en la casa cuidando a los más chicos.

Yo gameleaba, no podía con la cabeza y gameleaba al hombro. También le ayudaba a gamelear al niño, como era chico, no se las podía, Pagaban a tres pesos la gamela; eran de madera. Se iba llenita de uva y uno iba y la tiraba al coloso, el coloso la estaba esperando ahí.

En el trabajo uno tomaba una hilera y después se la revisaban, que no quede tanta uva, y le daban una ficha —en ese tiempo eran fichas de lata, ahora dan un papelito como talonario—; después, al final de la semana, una entrega las fichas que tiene, le anotan y no pagan hasta el final de la vendimia; no pagan por partes, por días.

La viña tenía inquilinos, pero eran pocos. Ellos trabajaban en los tractores, arriba del coloso con una horqueta echando uva, otros en la bodega embotellando, haciendo el vino, sacando el orujo. Se ocupaba más gente que los inqui-

linos en la bodega, casi puros de afuera, voluntarios los llamaban. Mi marido nunca fue inquilino, puro voluntario. Los inquilinos ya eran otra cosa, porque les daban tierras, cosechas. A él no, porque era voluntario no más.

Después de ahí íbamos a aporcar las papas, arramar los porotos; o él iba a hablar con el patrón para que le diera una cortadura de habas, que son las primeras; según los sacos que uno corta, le cancelan. Donde necesitan trabajadura, uno va a esa parte. O vienen a buscar a la gente aquí al pueblo, preguntan si hay gente para cortar habas; entonces unas a otras se dicen, y las que les gusta trabajar en eso, van. Porque aquí lo que más le gusta a la gente es trabajar en la greda. A cortar salen como seis.

Las mujeres no trabajaban en eso, es para hombres, pero yo lo hacía porque había que hacerlo, necesidad; es que mi marido ganaba muy poco al día.

Cuando vino la época de Allende, esas tierras no se repartieron, quedó todo así. En ese tiempo, nosotros estábamos en el cerro.

Para otras personas yo creo que la situación ha sido buena; para mí, no, por los niños. Uno tiene que arreglárselas con la comida yendo de acá para allá; por eso sufrí harto en el tiempo de esa revoltura que hubo cuando estaba Allende, porque me tocaba ir a hacer cola para el pan; me amanecía, me iba a las 12 de la noche con harta gente de aquí a hacer cola a Melipilla para conseguir kilo y medio de pan. Eso era todos los días, porque aquí no se veía ni un pan. Había plata, pero no había cosas, y ahora hay cosas y no hay plata. Yo digo, algún día se arreglará, o bien no se arreglará esto, no sé. Y así como vamos parece que no se va a arreglar. Pero el tiempo de Allende fue

el peor para mí; y no sólo para mí, para todos, porque la gente se mortificaba en tantas cosas. Ahora, de vez en cuando, no vamos a decir que todos los días, pero de vez en cuando se ve algo; si se puede vender algo, se tiene plata para el pan; y a veces también falta la plata.

Aquí no se supo nada del golpe, porque al menos nosotros no teníamos radio. La gente conversaba por ahí, no más, que en Santiago, que tanta cosa. Pero por aquí no pasó nada. Nos encerraban temprano, sí; la gente pasaba avisando que a las 8 de la noche iba a tener que estar uno calladita en su casa.

—A lo mejor de repente vamos a amanecer muertos— Pensaba yo, porque toda esa gente en Santiago, y decían que tiraban proyectiles, que mataban gente, que iban a las poblaciones a matar gente de la UP.

—¿Qué es eso? —decía yo. Sé poco leer y no entiendo mucho, y aquí uno no conversa de esas cosas—. ¿Qué es eso? —preguntaba—. Que el presidente aquí, y no ve usted que tenía que hacer cola; el presidente ha tenido la culpa de todo esto.

—Hay que sacar a este presidente, que venga otro —me conversaban algunas señoras—. No ve que si usted va a las elecciones, puede votar.

—Pero quién sabe a quién le puede dar el voto una —les decía yo.

Yo he votado dos veces, para la elección de Allende y para este presidente. Cuando salió Allende, no supe a dónde hacer ninguna cosa; miré los papeles, no más, y lo devolví. Eso fue lo que hice.

—Tenía que haberle puesto una crucecita al que le gustaba a usted —me decían cuando llegué aquí.

Mi marido no votó, porque él no sabe leer. En ese

tiempo no era obligatorio que votaran ellos. A mí quizás me habría gustado votar por ese que se llama Alessandri. Pero no sabía mucho qué serían eso, los presidentes. Frei sí fue bueno; por Frei sacaron las asignaciones familiares, él parece que hizo algo de los jubilados. Dicen que Aguirre Cerda fue buen presidente, también.

Yo no recibo asignación familiar ahora, porque la niña tiene ya 6 años. Antes sacaba 4.000 pesos, porque tenía once cargas. Y mi marido quedó sin nada, sin cesantía.

Yo quise tener a los hijos porque soy sola y me encuentro amargada.

—No quiero que mis hijos sean solos —pensaba—; si Dios quiere darme, que me dé hasta que El quiera. Así como tengo pan para uno, tengo para el otro.

Mi marido decía que había que criarlos, sea como sea había que criarlos. Los míos son once, me quedaron diez y una fallecida. Tenía un año cuando se me cayó en una acequia que hay allí. Yo había ido a buscar choclos para venderlos, y como el maíz estaba alto, no podía ver la casa; mi niña estaba mudando a la otra hermana de ella cuando la niñita se cayó. Estaba jugando, iba detrás de una pelota, pero nadie la vio. Después encontramos la pelota flotando en el agua. A ella la encontró mi marido, lejos de la casa.

De los once niños, el primero nació con los abuelitos; la niña nació en el cerro y a los otros los tuve en el hospital. Yo tomaba cualquiera cosa para irme, dos veces no más me llamó la ambulancia él. Llegaba, no estaba ni cinco minutos, y me mejoraba al tiro.

Cuando nacieron las mellizas, yo no sabía que iban a

ser dos. Cuando llegué allá, nació rápido la niña. Yo quería tener mujer, porque tenía una sola y siete hombres.

—¿Por qué Dios no me dará otra niña, otra mujer? —decía yo.

Tuve la primera, cuando me viene un dolor y me dice la matrona que viene otra guagua. Yo no le creí.

—¿Cómo, señorita —le dije—, voy a tener otra guagua, si soy tan pobre?

Y como a los cinco minutos nació la otra.

—¿Qué irá a decir mi viejo cuando me vea con dos guaguas? —pensaba.

Mi marido no creía que habían nacido dos. Después era problema, porque cuando yo salía con la niña mayor a comprar, lo dejábamos a él al cuidado de las mellizas, y dice que le daba la mamadera a una, y seguía llorando.

—¿Por qué llora —se preguntaba— si ya le di a ella?

Y era que le daba dos veces a una y a la otra no le daba. Se confundía él. Mientras iba a hacer la mamadera, lloraban las dos juntas.

—Parece que le di a ésta, y a ésta no —y les metía mamadera.

—Y esa niñita llorando —le decía yo cuando llegaba—. ¿A cuál le diste?

—Parece que a la de este lado le di, no me acuerdo —me decía.

Eran iguales las dos. Después empezó a marcarlas con una lanita colorada y otra verde, y así las distinguía.

Al final nació esta otra chica, y hasta ahí no más llegué; me operé porque el doctor me dijo que si no me operaba, podía tener hasta veinte hijos.

Mi marido siempre me ha ayudado en la casa. Cuando eran chicos me ayudaba en las mamaderas, a barrer, a lavar

cuando yo estaba enferma. Sabe hacer de todo, almuerzo, mudar a los niños. Algunos maridos ayudan, pero no todos; a algunos no les gusta ayudarle a la señora. El encuentra que uno trabaja igual que ellos, aun más, dice, porque ellos salen en la mañana, van a una pura cosa; llegan, por ejemplo, a regar no más, están con la pala mirando el agua, y en la casa la mujer no. Tiene que barrer, lavar, hacer almuerzo, ver niños, tanta cosa que tiene que hacer en la casa la mujer, dice. El no tiene vergüenza de que lo vean. Yo encuentro que es raro el marido que le ayuda a la señora en la casa.

El ha sido todo el tiempo así; cuando era soltero y salía a trabajar afuera, hacía todo lo de la casa. Se hacía almuerzo, se lavaba. Nunca le he tenido que decir que ayude. Ahora mismo, él está haciendo fuego para preparar once.

—Ya vieja, está listo —me dice—; venga a tomar once.

Cuando yo estoy trabajando en loza y tengo que salir a ofertar, él se queda haciendo las cosas de la casa.

Yo aprendí a trabajar la greda con las hermanas de mi marido; tenía como ocho niños ya, a los 27 años. Aprendí de a poquito. Ellas hacían loza desde que nacieron casi, porque su mamá les enseñó. Son propietarios ahí en el pueblo, y cuando nos vinimos con ellos, yo miraba cuando trabajaban.

Un día pesqué una pelota de greda.

—¿Cómo lo hago? —les pregunté.

—No lo hagas así —me dijeron—; hazlo así, como tiene que ser. Lo deshacía, lo volvía a hacer, hasta que empecé por cosas chiquititas primero.

Ellas son loceras viejas, como llaman. La suegra apren-

dió con los papás de elia. La mamá nació haciendo lozas, quizás qué años que ellas aprendieron esto; se inauguró este pueblo con la loza.

Antes en este pueblecito no había camiones, puras carretas con bueyes. Se salía a chavelear. Se hacía una cachada de loza, y ya partían a venderla a otras partes. Echaban sus veinte, veinticinco días. Las mujeres salían con el marido a la costa a chavelear, al cambiado; usted sacaba una olla, se la cambiaban por un poco de trigo, de garbanzo.

La mamá de él le entregaba a los que salían con el carrito, a los más grandes que se llaman, a los del capital. Si antes cualquiera no tenía una pareja de bueyes, una carreta. Yo me acuerdo que había un coche no más para salir afuera, para tomar la micro a Santiago. La gente venía al pueblo a comprar, pasaban por las casas. Hace poco que hicieron estos puestos.

Las tres hermanas y la mamá de mi marido vivían juntas. La mamá hacía puras pailas, una niña hacía chanchos, la otra puras cadenas. No todas hacen lo mismo.

Antes no había máquinas para moler la greda. Iban al cerro las mujeres a buscar, a cualquier cerro, si aquí casi es pura greda. Hay greda buena, dice la gente, la que no se quiebra, y otra que sale con mucha piedra, que no es lisa. Ahora las distingo, antes no. Ibamos con las hermanas al cerro, y ellas sabían más que yo, sacaban de donde había mejor. Se bajaba en sacos, porque era muy pesada. Ahora se lleva una carreta de mano, y uno cava con un chuzo y la trae en carreta. Entonces la gente no tenía tanta comodidad como ahora.

Después se echaba la greda en un hoyo y se remojaba con agua. Ahí la iban apelmazando, moliendo, sacando toda la piedra grande. Cuando la tenían listita, la echaban en

un saco y la pisaban con el pie hasta que quedara bien buena para hacer la loza, igual que una masa. Mi marido era el que ayudaba a pisarla; los hombres trabajaban en el campo y ayudaban a lustrar. Cuando llegaban en la tarde, ayudaban a sacar brillo.

Cuando ya está armada la loza hay que *desgredarla,* que es sacarle greda con el cuchillo para que quede livianita. Después se le pasa una *piedra de río* con agua, para alisarla. Después de eso, se deja un rato para que se oree, y cuando está oreadita, se le pasa otra piedra, que se llama *piedra de cristal;* son piedras especiales para sacar brillo, no son iguales a las de río. Y una vez que está brillosita, se la deja que se seque un poco y la echan a los hornos. Son unas hornillas redondas que al medio llevan puras tapas de greda seca, tapaderas, para que no se pase el fuego para arriba. Y ahí va la loza.

Los hombres hacían los hornos. Hay gente que sabe hacer eso; lo hacen de pedazos de ladrillos, lo van redondeando, redondeando, pero no cerrado arriba, es abierto, y abajo para echar la leña también es abierto. Entonces se calienta ahí la loza, con poquito fuego primero, *humito* que llaman. Ahí van calentando la loza, y cuando ya la tienen listita, la tapan, tapadita, y le meten fuego para que se vaya calentando. Una vez que está calentita, le echan fuego adentro. Y ellos saben cuando está cocida la loza. Si la quieren en rojo, tiene que estar coloradita para sacarle el fuego, porque hay que sacarle el fuego. En las latas de arriba le echan sus dos paladas de brasas, para que con ese calor se vaya terminando de cocer.

Al otro día uno se levanta y saca la loza cocida. Y si la quiere en negro, cuando la está cociendo le mete humo, quemando bosta de animal. Ahora le echan goma.

Hay hornillas bien grandes, son hornos para cocer pan. En la casa de mi suegra había hornilla.

Yo en esta casa no tengo horno. Nos vinimos acá como el 77; quedó desocupada porque el inquilino que vivía aquí se fue para El Monte. Se compró una parcela y se fue. Después, como el 82, el patrón despidió a diez personas y no tenía plata para pagar indemnización, así es que nos dieron esta casa y el sitio de media hectárea. Pero todavía no salen los papeles, enteramos un año y no salen. Y él sigue cesante. Nos tenemos que arreglar con la loza, porque ya no hay más trabajo aquí; todo está aparcelado. Las otras parcelas las compró Vial. Hizo gallineros, pero los terminó hace como tres años.

En el sitio es mala la tierra, no sirve para plantar; para maíz sí, y para las habas, pero no para otras cosas. Nosotros lo que trabajamos es en greda. Pero los hombres ganaban más. Cuando él tenía trabajo, yo encargaba 25 kilos de azúcar al mes, o 30 kilos, fuera de sus 5 kilos de tallarines. Yo no sabía cuánto costaban las cosas; me traían todo para el mes. Me traían un quintal de harina porque hacía el pan. Y cuando le daban el suple, compraba otro quintal para que no hiciera falta. Tenía una cocina a gas que compré usada, y ahí hacía el pan. Se me echó a perder y ahora uso un horno de lata. Hay que ir a buscar leña al cerro. En el horno cabe un pan redondo no más, así es que hay que hacer todos los días. Se hacen dos panes grandes, a las once se comen uno, y al otro día en la mañana otro. A veces los niños no comen en la noche, así que voy ahorrando comida. Toman once tarde y con la once alcanza. Cuando tengo plata les compro cualquiera cosa para el pan, pero cuando tengo.

Antes, cuando él trabajaba, lo que yo ganaba en la

loza era para los gastos de mis niños y para mí. Cuando uno tiene plata dice: —"Yo tengo, yo compro esto porque lo he ganado". Antes había plata, no como ahora, con toda esta loza, uno piensa que tiene plata ganada, pero resulta que si no le compran a uno, ¿de dónde tiene plata?

Los hombres trabajaban en el campo, en la agricultura, y ahora ayudan a lustrar. Cuando hay que lustrar, ellos lustran. Cuando llegan en la tarde ayudan a sacar brillo, y ahora que no llegan en la tarde porque están sin trabsjo, ayudan un poco más.

Como yo no tengo hornilla, me compra la gente que tiene puesto. Ellas venden al comerciante o a gente particular. Salen a comprar loza porque les falta. Por ejemplo, en un puesto no hay una gallina, cualquiera cosa. Entonces vienen a las casas.

—Háganme cincuenta zapatos —dicen— y salseras, con cara de chanchito.

¡Y a cuánto venden ellas! Venden y tienen plata como para comprarle a uno. Esos zapatitos chicos, uno pide veinticinco pesos, encuentran que es muy caro, lo compran a veinte, y en el puesto piden cincuenta pesos. Esos patos, si me pagan cincuenta pesos, los venden a ciento noventa. Ellas se ganan más, a una le pagan menos. Yo en el día me puedo hacer unos diez maceteros. No me demoro mucho, porque pesco una pelota de greda, la palmoteo, la aplano bien aplanada, en seguida le voy pegando el rollo, como lulos de greda, dándole la forma, que quede redondita, después le voy pasando el *mate,* que se llama. Entonces lo tengo listo y ahí le hago el cuello y la cabeza, después le hago la cola y se la pego. Me demoro menos de una hora, media hora.

Ellas –las que tienen puesto– también hacen, y compran además para llenar los puestos. Todas hacen.

Aburre hacer siempre lo mismo. Por eso no hago puro zapato, porque todo el tiempo hacer lo mismo, lo mismo.

–Voy a hacer algo distinto –pienso–, un chancho, una gallina. Si se me da la idea de hacer una gallina, hago una gallina; si una oveja, hago una oveja. Yo sé hacer cosas así; se me vienen al pensamiento y las hago. No me importa cómo quedan, porque haciendo, cómo no me van a comprar; si allá en el pueblo no lo hacen igual. Hacen un pato así de éstos, por ejemplo, pero no con ese calado.

Hace una semana que no me compran, y siempre compran de a poquito, cinco, diez zapatos. Vinieron la otra semana, se llevaron diez zapatitos de esos chicos, y de ahí ya no han vendido más.

Invierno y verano hago loza; cuando voy a cortar uva con mi marido, dejo de hacer. Después ya me pongo a hacer, día por medio. Cuando uno ve que está vendiendo, entonces va haciendo, cuando le mandan a hacer. Si no, ahí estamos de pana, no hacemos. En este tiempo ya se pone malo, viene poca gente.

En los meses buenos se vende como unos mil pesos, porque muchos compran cocido; dicen que a ellos se les quiebra y pierden. Uno llega y les vende para que pongan en el puesto, es más seguro.

A mi hija le enseñé hace poquito, hace como 15 días que aprendió, porque antes no le tenía interés. Y ahora que el papá se quedó sin trabajo, que le cortaron el trabajo en la viña, ahora vamos a tener otro modo como podamos trabajar. Imagínese qué vamos a hacer con diez niños, él sin trabajo y seis en la escuela.

En el mes mi hija vendió cinco zapatos; si no se com-

pra luego la greda sin cocer se hace tiras, se va partiendo. Como no tenemos horno... porque mi marido no sabe hacer, y hacen falta los fierros; aquí estarán cobrando sus 500 pesos por hacer una hornilla. Por eso yo perdí bastante greda, media carretillada, se partió; donde la hacía y la gente no venía a comprar, con el viento se parte. Tiene que estar bien cerradito, y ahí puede aguantar veinte días.

Cociendo la greda yo puedo salir a negociarla, pero sin hornilla, cómo voy a cocer. Y así, de dónde nos van a llegar las platas, es lo que yo pienso.

Con esos zapatos que mi niña vendió, compré media carretilla de greda. Vale 60 pesos, pasadita, la muelen ellos, como fábrica, que llaman. Uno la va a buscar no más y la traen listita, llegar y hacerla.

Mi hija fue en la mañana tempranito a ofrecer, nadie tiene plata.

—No compro porque no tengo plata, no he vendido —dice toda la gente.

Este año está peor, imagínese usted, cortando gente. Antes no importaba que uno no vendiera, porque estaba el marido trabajando. Por ejemplo, a los quince días él pedía un suple que era de 3.000 pesos.

—Tome —me decía—, ahí tiene, usted compre lo que va faltando.

Y ellos pedían la mercadería, la traían y después les descontaban del sueldo. Estábamos muy bien aquí, cuando esto era un fundo grande; se acostumbró la gente, tenía para todo el mes, y ahí le quedaba un resto. Ahora nunca se tiene plata. Somos doce personas, gastamos unos 300 pesos diarios en la comida, y de dónde, de dónde vamos a sacar ahora.

El hijo mayor está cesante también, como el papá. Salió a la frutilla, por temporaditas. Se deja para vertirse un poquito, y el otro poquito me lo da a mí. A veces sale a cuidar autitos por ahí.

El año pasado se vendió por la artista que vino, por esa película que filmaron, *La Madrastra.* Ahí venía la gente de Santiago.

—¿Hay casas de *La Madrastra*?— andaban preguntando.

Viernes, sábado y domingo se llenaba todito de autos por todos lados. Ahí los que sabían hacer la casita, se llenaron de plata, porque eran los únicos que sabían.

Yo hago, pero no me gusta tener cosas de greda en la casa. Me acostumbré a puro aluminio. Las encuentro bonita, pero para tenerlas yo en mi casa, no. Pienso que esto, qué valor puede tener en mi casa. A mi me gustaría tener cosas de vidrio, eso que se vea que es bonito. Esto yo no lo encuentro bonito, a lo mío en mi casa.

—¡Uy! De dónde compró esto tan bonito —me gustaría que me dijera alguna señora cuando viene. ¡Si es de vidrio!

Eso, una cosa así. Pero esto que uno está acostumbrada a ver, no le llama la atención.

NORMA RIQUELME
(1947)

Yo nací aquí hace 37 años. Mi niñez transcurrió con mis abuelos. Eramos muchos hermanos, una familia grande, y se usaba –se usa todavía en el campo– mandar a una de las hijas a acompañar a los abuelos. Ellos vivían aquí en el fundo La Palma, que pertenecía a don Horacio Barros; ahora es de don Javier Vial. Antes el pueblo en sí, esta parte de la viña, lo que llaman El Molino, El Tránsito y La Palma, todo era de los Barros. Don José Barros era el dueño de todas esas propiedades.

Los abuelos vivían en una casa de campo a la orilla de un cerro. Ellos tenían otros hijos, pero más que nada yo era chica, así es que tenían para los mandados, para venir de allá a acá, porque siempre se está un poco alejado del pueblo para las compras. La dueña de casa casi nunca tiene tiempo, entonces mejor manda a un niño a comprar. Yo venía acá a Pomaire.

Mi abuelito era inquilino, era jornalero en La Palma. Ahí se dedicaban a la producción agrícola, el trigo, las papas, el maíz, netamente agrícola todo; no había otra cosa más que eso. El abuelo tenía labores de chacra. Le pagaban un sueldo mensual, además del pedazo de tierra que le daban. Más encima le daban un saco de porotos y otras cosas, a veces harina, o una *ración de galletas,* que

llamaban. Todos los días daban dos o tres galletas por trabajador. Era grande el fundo, debe haber habido sus veinte a veinticinco inquilinos, cada uno con su casa.

El pedazo de tierra que tenía mi abuelito lo trabajaba él y los hijos, mi papá y otros hermanos. Mi papá y mi mamá estuvieron un tiempo viviendo con ellos y después de todas maneras iban a ayudarle. Después, cuando se casó mi último tío, dejaron la obligación y se vinieron al pueblo. Es que mi abuelo se sentía enfermo y no había quien pagara la obligación; como mi tío se casó y tenía otras obligaciones, se vinieron al pueblo. El murió joven, como de 56 años. Se enfermó debido a que, en el tiempo del invierno, como era un poco escasa el agua, tenían que regar de madrugada. Se le fue acumulando el enfriamiento.

Mi abuelita no podía pagar la obligación, porque eran hombres los que lo hacían. Antes no se veía que la mujer saliera a trabajar en el campo, como ahora último, que hará cinco o seis años que está trabajando.

En ese entonces Pomaire era diferente, era más relacionado con el campo. La cerámica no tenía el empuje que tiene ahora, no era tan comercial. Se trabajaba más por temporada, para ir a vender la loza a Lo Vásquez; no como ahora, que vienen de afuera a comprar.

Pomaire era tipo colonial, no había casas prefabricadas, sino de adobe con techo de paja. Nosotros teníamos una tía —siempre me acuerdo—, una hermana de mi abuelita, que tenía una casa de las antiguas, de adobes. Hacían chicha para el tiempo de la uva y eran muy nombradas para las tertulias. Hacían la chicha en una como paila de greda. Le ponían un taponcito y la iban filtrando, iba cayendo abajo. A mí me gustaba ir a tomar esa *lagrimilla*

que llamaban ellas, una cosa que cae, un residuo de la uva cuando ya estaba hecha la chicha, parece.

La gente antiguamente solía formar sus tertulias y entre amigos se convidaban. Un día iban a tomar a la casa, un día venían a la otra. Sabe, cuando nosotros estábamos chicos, vivíamos al final de la calle, Guillermo Barros abajo, cerca de donde estaba la línea del molino, y hubo una fiesta en la casa de mi papá que duró una semana, una semana de fiesta. Llevábamos una señora que tocaba el arpa, cada uno llegaba con su gallina, con una garrafa, y estuvieron bailando y tomando una semana, cosa que ahora, en estos tiempos, es imposible disponer para ir a tomar una semana. Ahí se juntaron tres familias: la de nosotros, la familia de los Osorio, la de los Hidalgo y también otro caballero que estaba solo. El caballero de los Osorio se disfrazó con una frazada, esas colchas de brocato que había antes. Hizo de cura y casó a una pareja, y después siguieron celebrando el matrimonio. La pareja no eran amigos ni nada; la niña era empleada de la casa del caballero que hizo de sacerdote y él era un caballero de campo, de esos medio tímidos que no se atreven a hacer ninguna cosa. Pero ellos sabían que a él le gustaba esa niña y por eso los casaron. Después él se casó con otra señora y la niña se fue a Melipilla.

En las fiestas los hombres tomaban debajo de los parrones, porque siempre se han usado los parrones grandes. En la casa de nosotros había un parrón de entrada y ahí se ponía una mesa larga donde almorzábamos. Es que antes la gente era muy visitada; siempre llegaban las visitas a la hora de almuerzo y siempre había. Entonces teníamos que tener una mesa larga para recibir a la gente.

Las mujeres se encargaban de preparar las cosas de alimentos y de vez en cuando bailar con ellos.

En esa fiesta de una semana tuvieron que ir a devolver el arpa para que se pudiera terminar. Era precioso. Yo siempre me acuerdo de esas cosas, cómo bailaban, cómo la gente se divertía y se amanecía. Al otro día despertaban, algunos durmiendo sentados en los sillones; se levantaban, se lavaban y empezaban otra vez, durante todo el día.

Ahora está cambiado, existe más envidia. El que puede, trata de tener más que el otro y se han olvidado un poco de la humanidad, ser amigos como eran antes. Yo encontraba que la gente era más despierta. Yo que soy media comadrera, salgo para abajo, me tengo que parar a veces a conversar con personas conocidas, amigas, a hacer vida social un rato, y ahora me da no sé qué hacerlo. Antes era natural eso; cuando uno iba a hacer las compras, siempre se encontraba con gente amiga y se paraba a conversar, pero ahora no. Todo el mundo vive más apurado y más solo. Aquí mismo, viene usted y si fuera a conversar con otra persona, querrían saber para qué está haciendo esto y qué les va a sacar, qué van a ganar ellos con conversar con usted. Está más metalizada la gente. Eran otros tiempos ésos.

Todas mis tías eran criollas de aquí, siete hermanos, pero todos están muertos. Una de las hermanas se fue para Cartagena, y todas las demás murieron aquí en Pomaire. Trabajaban en cerámica, igual que mi abuela. Yo siempre recuerdo que tenía una tía abuela, bien gorda, y mi mamá contaba que hacía unas fuentes grandes y al momento de terminar de pulirlas, antes de cocerlas, las ponía en el suelo y se subía arriba. Si se quebraba, no servía. Así probaban la cerámica. Ahora, si usted se sube arriba de esto, lo va a quebrar. Es que antes la dejaban más gruesa, y como esta-

ba totalmente hecha a mano, tenía más consistencia. Ahora la mayoría corta en torno y la loza de torno es diferente de la hecha a mano. La que usted hace a mano, la va apretando, apretando, mientras que la de torno la persona la pesca con la mano, la levanta, y le quedan sus baches, sus vacíos; eso hace que se quiebre. Eran más gruesas las piezas también, y le agregaban arena, creo, para que quedaran más firmes. Porque usted ha visto esas tinajas grandes ¿no es cierto?, esas inmensas tinas. Todavía quedan y ¿cómo se conservan? Hay algunas que tienen más de cien años, como una que había en El Marco, que se la llevaron también. Imagínese que estaba a la intemperie y no se hizo tira, no se descascaró, mientras que las otras...

Ojalá pudiera conversar con la gente que trabajaba antiguamente. Porque yo me he fijado, tengo unos maceteros grandes que hice a mano y cada cierto tiempo les ponía brasas —si uno deja las brasas tapadas ahí, al otro día las puede vaciar al brasero y se vuelven a prender—. Esos maceteros fueron hechos a mano, llevan más de un año y no se quiebran. En cambio dicen que esas estufas, a veces las han usado dos veces y se quiebran. Entonces a qué se debe eso.

Antes no se vendían las cosas aquí en el pueblo. Fabricaban la cerámica y salían a chavelear. Cargaban una carreta y salían para otras partes donde no había cerámica; iban las mujeres, los maridos, y llegaban de vuelta cargados con porotos, lentejas, garbanzos, quesos, gallinas, chanchos. Cambiaban toda la loza que llevaban por algo. Chavelear le llamaban.

Viví en el fundo con los abuelitos hasta los ocho años, porque después que ellos se vinieron aquí, yo me fui

con mi abuelita por parte de mi mamá a Melipilla y me pusieron en la escuela. Ella vivía en Melipilla pero no era de allá; era de San Juan, al lado de San Antonio. Trabajaba de empleada, de lavandera en casas de ricos. El abuelo había muerto muchos años antes. Ella se había vuelto a casar, así es que vivía con otro caballero.

Mientras estaba en Melipilla, venía en las vacaciones acá en Pomaire, y ayudaba. Antes se trabajaba por temporadas. En septiembre mi mamá empezaba a trabajar en cerámica para tener loza en diciembre, que es cuando mi papá iba a Lo Vásquez; ahí estaba la fuente de ingreso. La plata que reunía la trabajaba en fruta; compraba fruta en Santiago y la vendía en San Antonio. Al mismo tiempo, sembraba, arrendaba pedacitos de terreno y plantaba tomates, hacía chacra. A él siempre le gustó el campo. Después que se casó, en su juventud, entró a trabajar en la Viña Pomaire, era obligado ahí, y también tenía sus cuestiones agrícolas, arrendaba su pedazo de terreno para sembrar. Yo y mis hermanos —somos nueve— íbamos a veces a ayudarle a cortar tomates, colocar o limpiar papas, deshijar el maíz. Cuando ellos iban sacando, uno iba recogiendo lo que iba quedando, ayudando a hacer las cosas. El siempre sembraba, así es que siempre hubo abundancia de todo en la casa. Nosotros íbamos a yudarlo con mi mamá, porque mi papá tenía que pagar obligaciones. Entonces él trabajaba en el día y nos dejaba a nosotros la tarea de ir a limpiar la chacra.

En ese tiempo vivíamos acá en Pomaire, porque el fundo tenía casas para los inquilinos dentro del pueblo. Estábamos en la calle San Antonio, una casa grande que había. Después mi papá compró este pedazo. Era un sitio que le quedó a una tía abuela; ella le dejó al hijo y el hijo

le vendió a mi papá esta parte, y a otra familia la de más abajo. La casa estaba al lado de más abajo; mi papá nació ahí, porque los abuelos le arrendaban a la tía cuando recién se casaron. De aquí se fueron a vivir a La Palma. Mi papá era el mayor de todos, por eso nació aquí. Y yo me vine hace más o menos 18 años.

En la época en que trabajaba mi papá, en la viña —porque todo era viña entonces, La Palma, El Molino, todo netamente vinero— los inquilinos se ocupaban de cuidar todo, de mantener limpio, podar, abrir hileras, aporcar, todas esas cosas. Todo se hacía con mano de obra, a mano, nada a tractor. También fabricaban vino. Iban a bodegas a lavar cubas, a enfriar el vino.

Todo eso era un fundo antes, de don José Barros. El tenía, de la primera señora, dos o tres hijos: don Horacio, la señora María Eugenia y otros más, parece. Ellos tenían otros fundos en otras partes, en Llancay, que llamaban. Después se dividieron la herencia y don José se quedó con toda esta parte, no más, Pomaire y El Tránsito.

Era una buena época esa. Siempre estar recordando el pasado, pero para una que era niña tenía su alegría. En la Pascua, el Año Nuevo, solían regalarle a los inquilinos una o dos ovejas, y entonces uno tenía para pasar las fiestas bien provista de carne, de cosas que no le faltaban. Para las vendimias siempre era una fiesta, porque como iba harta gente a cortar uva, el patrón mataba un novillo, les hacían almuerzo y para el final hacían el novillo asado. Este año recordamos un poco esos tiempos, porque sacamos que nos hicieran un asado para todas las personas que estaban cortando uva, más los que trabajaban adentro en la bodega, y salió estupendo. Así es que se volvió a recordar esos tiempos, porque hacía varios años que no nos

daban nada. Sí daban vino al término, pero resulta que nosotras éramos mujeres y no íbamos a tomar vino ¿se imagina usted? Para los hombres era una gran cosa, ellos tomaban; uno podía probar, pero no iba a tomar como toman los hombres. Tenía que ser algo que uno lo pudiera disfrutar también.

Acá en Pomaire serán dos o tres casos de mujeres que les gusta el trago, pero más es el hombre que bebe. Es que el hombre tiene menos firmeza que la mujer; cualquier problema que tiene, cree que bebiendo lo va a olvidar o va a salir adelante, y se refugia en eso. Mientras que la mujer, no. Al menos yo, entre más mal me vaya, más empuje le hago, más empeño en salir adelante. La mujer parece que es más luchadora, más buscadora de ocasiones, porque imagínese que he ido hasta Santiago a vender loza, a dejar en consignación con tal de que se venda algo. Cuando se pone malo aquí —como ser en invierno, que viene poco turista— entonces uno como que se queda estancado, y resulta que todos los días hay que comer.

Yo tengo pocos recuerdos de cómo eran los dueños de La Palma. No conocí a los caballeros antiguos, sólo al último que estuvo ahí, el que vendió, don Horacio. Tenían una casa grande que todavía está, una casa patronal de esas antiguas. Ahora vive ahí la hija de don Javier Vial; viene con gente de Santiago los fines de semana. Es una casona, una doña casa.

Cuando éramos chicos y mi mamá y mi papá salían fuera a visitar familiares, quedaba a cargo de nosotros un caballero muy amigo de mi papá. El era una de las personas encargadas de prender y apagar los faroles. A eso de las seis o siete de la tarde ya estaba oscuro, y a esa hora empezaba

a encenderlos. Al otro día en la mañana, ya al venir el día, los iba apagando. El contaba que algunas noches, cuando terminaba el último y volvía a quedarse a la casa donde dormía, le pasaban cosas. Una vez vio a la vieja llorona, la siguió y después le dio miedo. Era un bulto negro que se sentía llorar. Todavía a veces se siente por aquí. Otras veces era un perro negro que salía con una cadena, amarrado, y no lo dejaba pasar.

Una vez, por travesura, le dijo a un 'tué-tué' que iba pasando:

—Ven mañana a buscar un queso.

Al otro día vino un caballero que él conocía.

—Vengo a buscar el queso que me ofreciste anoche —dice que le dijo.

—No digan nunca nada cuando lo sientan pasar —nos decía—, porque esos son brujos; salen de noche a andar.

Había una señora que se llamaba María Jesús; ésa decían que era bruja. Había personas que sabían hacer arreglos, brujerías, y les resultaban. Usaban unos libros, pero no es necesario que usted sea bruja para hacerlo, sino que ponga fe en lo que va a hacer. Entonces le resulta la cosa.

Esos libros eran de magia negra, que llaman, hechicería. Había gente conocida que eran brujos; solían hacer sus juntas. Es cuento que yo le digo, igual que el asunto de los duendes. En el camino que va a La Palma, el camino viejo, ahí salían los duendes. Eran dos, uno blanco y uno negro; uno bueno y otro malo. Había un caballero que se llamaba Segundo Guerra, que le gustaba harto tomar. Cuando él venía curado, los duendes le pegaban y lo metían a la zarzamora. Amanecía al otro día todo rasguñado y machucado. Los duendes eran los que hacían esas tallas con la gente que solía salir en las noches. Yo no sé si sería una clase de

personas que se prestaba para eso, que se aprovechaba de decir 'vamos a engañarlos con esto'. Posiblemente era otra cosa, pero ellos decían que eran duendes.

Después que terminé el 6º Año en el colegio de las monjas de Melipilla, estudié otros tres años en un taller de modas. Cuando estudiaba costura vivía aquí en Pomaire, había vuelto a la casa, y de aquí iba a estudiar a Melipilla. Ya mi papá no trabajaba de obligado; arrendaba una casa y después compramos ésta de aquí. Me gustaría haber ido a conocer otra parte de Chile, no vivir siempre donde mismo, pero uno se va aquerenciando.

No alcancé a terminar el curso de costura y me fui a trabajar de empleada en Melipilla, donde una familia que venía de Concepción, y uno se aquerencia con la familia donde está trabajando. Me trataban como si fuera de la familia; no era empleada sino la persona encargada de cuidar a los niños. Con ellos estuve cinco años, hasta que me casé. Incluso un año estuvimos casados viviendo en la misma casa. Seguía trabajando, porque la familia no quería que los dejara. Ya les había criado a los niños y era de confianza. Después, cuando mi niña tenía más de un año y venía otra en camino, hubo que salir. Íbamos a ser cuatro ya y necesitábamos un hogar. Mi marido era de Melipilla, trabajaba allá en el Correo, repartiendo correspondencia, pero a veces, por el problema de andar arrendando, uno se encuentra con que criar a los niños es un poco difícil. Hay que criarlos en una pieza, dos piezas. Entonces, para que ellos se criaran mejor, nos vinimos a vivir aquí, a esta casa. Y aquí empecé a trabajar; la fuerza de la necesidad hizo que practicara la cerámica. Antes, cuando estaba joven, no me llamaba la atención, pero ahora de a poco he ido vien-

do las posibilidades que tengo de desarrollar lo que yo quiero hacer. Si tengo un pedazo de greda, lo desarrollo; y si sale de ir afuera a hacer un trabajo de este tipo, también me puedo desarrollar viendo cómo lo hacen. Así me he ido ayudando un poco.

Así, cuando llegué a Pomaire empezó una etapa en que volví a hacer lo que había practicado a veces por travesura, por ayudar a pulir. De ahí le fui tomando más aprecio al trabajo, y desde hace como tres años se volvió una necesidad indispensable. Hubo que entrar de lleno a trabajar cuando a mi marido lo cortaron en el Correo. Estuvo más de un año sin trabajo. Ahí me ayudaba, fue aprendiendo el trabajo de la cerámica, y después entró a trabajar en el POJH. Durante el tiempo que estuvo sin nada nos dimos vuelta con la cerámica y con el trabajo que salió por temporadas.

Mi marido con los del POJH trabajan en los arreglos de las calles, en limpiar las alcantarillas para que no se formen tacos, en rellenar esa pasada que hay en el puente, en raspar, porque la gente se ha puesto hasta floja ahora. Antes los carabineros exigían que cada persona tuviera el frente de su casa limpio, no dejara que se juntara pasto. Ahora no; mandan a la gente que trabaja en el POJH a limpiar las veredas, cuando es obligación de las personas que viven ahí.

Mientras duran los programas que tienen preparados, hay trabajo; pero una vez que se terminen o no hallen qué hacer, quedan otra vez en el aire. Mi marido está ahí hace cuatro meses, más o menos, pero si encontrara trabajo en otra cosa, se cambiaría, porque eso es sólo para paliar en parte la falta de trabajo.

El trabajo que hay para las mujeres por temporadas no es propiamente agrícola, sino que es la *ralea* de los duraznos, que se hace en octubre, parte de noviembre. En diciembre es la corta del durazno, y de ahí hasta marzo, hasta el 22 de marzo, que viene la vendimia. Ese es el tiempo en que hay trabajo. Claro que para afuera hay más; están los pimentones, los tomates, Hay uva, pero son cosas que quedan muy alejadas, al menos para mí. Yo no me puedo mover, no puedo dejar la casa sola, porque tengo cuatro niños, tres mujeres y un hombre.

Me gusta todo tipo de trabajo. Si hay que ir a trabajar en algo agrícola, me gusta, porque sé que se me está abriendo otra posibilidad de ingresos, pero siempre conservo mi tradición de la cerámica. Así uno trabaja hasta cierta hora en labores del campo, después llega a su casa, descansa y se pone a pulir o ha hacer cualquier cuestión. Yo soy un poco mentolatum, a todo le hago. Eso es lo que tengo; a veces hago pequeñas costuras, pego cierres, achico pantalones; si me vienen a dejar algo, lo arreglo. No sé si todas las mujeres pensarán igual, pero yo soy así. Me da la posibilidad de conocer otras cosas. Si voy a hacer una labor agrícola, me gusta porque puedo desempeñarla. Algunos trabajos del campo son más aptos para la mujer, como ser la limpia, desmalezar, cosas de acuerdo a uno como mujer. Puede haber otros trabajos agrícolas más pesados, pero hay algunos que una puede hacer.

Yo hace como cuatro años que trabajo en la cosa agrícola, eso sí que por temporadas, en la vendimia, siempre la vendimia. Y este año que pasó fui a los duraznos, y ahora otra vez a la vendimia, pero a mi mamá no le gusta que salga así. No le gusta quedarse sola; ella pasa sola, porque las niñas se van al colegio, a veces tienen clases hasta

las cuatro. Si yo no estoy aquí, se siente sola, aunque sabe que vengo a almorzar. Voy y vuelvo, pero si uno sale fuera de aquí, se supone que tiene que estar todo el día afuera. Sale a las 7 de la mañana y a las 7 de la tarde estará de vuelta en la casa. Son muchas horas afuera.

Eso sí que cuando uno trabaja en la cosa agrícola le rinde más, porque resulta que uno trabaja y a fin de mes recibe todo en conjunto. Al término de la faena uno si quiere pide suple; si no, lo deja pasar y después le pagan todo junto. El suple es un adelanto que uno puede pedir cuando lleva más o menos quince días trabajados, ya sea de mil pesos o más, depende de lo que tenga ganado. Yo prefiero dejarlo hasta el final, porque ahí uno recibe en conjunto y dispone de lo que va a hacer con esa plata.

En la cerámica, en cambio, puede ser que trabaje toda la semana y el día domingo, si es que está bueno, vendo algo, no lo voy a vender todo. Entonces recibo muy poco, y distribuido en la semana se termina luego. Yo soy la que distribuye lo que tengo que hacer con la plata. Por ejemplo, cuando fui a trabajar en la vendimia, había que tenerle un par de zapatos a los niños para el colegio y tenía la primera cuota en el instituto donde estudia la grande. Llegó esa plata y yo había pedido prestado para comprarles zapatos a los dos. Entonces devolví esa plata, con lo que quedó compré un quintal de harina, algo de mercadería, y lo demás lo compré en cuadernos y útiles para el colegio de los niños. La plata de la greda queda para la semana, pagar la leche, comprar leña para cocer, la carne, todas esas cosas.

Con la plata que saca mi marido en el POJH, cuatro mil pesos que juntamos con algo más que se haga de economía, hay que pagar el instituto de la niña, que son seis

mil. Eso es sagrado; yo hago cuenta que él no recibe ni un veinte.

El trabajo de la greda empezó en mi familia con los abuelos de mis abuelos. Ellos trabajaban en cerámica. Vivían aquí, dentro del pueblo; eran propietarios de una casa, esa que le decía yo donde hacían chicha. Eran los dueños de todo un pedazo, como una manzana. Ahí nació mi abuela y todas ellas trabajaban en cerámica. Por parte de mi papá, de los nueve que somos, soy yo no más la que practico cerámica. Mi mamá también, pero ella era de afuera, no era de Pomaire. Aprendió aquí cuando se casó y estaba con mis abuelos; los veía trabajar y fue aprendiendo. Después trabajó siempre. Y yo empecé hará unos doce años.

Tengo pocas cosas ahora, porque son hechas a mano y eso es lento. No es como cortar a torno, que se puede hacer cualquier cantidad en el día. A mano hay que ir armándolas por etapas, pero la gente no lo distingue. Conviene el torno, pero lo que pasa es que si en una casa no hay una persona que sepa cortar, cuesta mucho conseguir quien venga. Hay maestros que cortan, pero son muy rogados.

Yo tengo un torno grande acá, porque antes cortábamos a torno también, venía gente a cortar, se hacían los maceteros, todas esas cosas. Pero como no soy una persona que trabaje en grande y los maestros buscan donde les den todo el tiempo trabajo, entonces uno se tiene que atener a hacerlo a mano no más; no le queda otra.

El torno lo tenemos hace más de diez años. Antes mi papá tenía puesto y mandaba a un maestro que venía a cortar, que fue el primer maestro que llegó aquí con los tornos. No sé cómo se llama, pero le dicen Ño Camastrón.

Ahora corta poco. Es un caballero que le gustaba el trago, que si se hubiera restringido un poco ahora sería un *don*, habría tenido plata. Lo trajo de Limache la familia Riveros; allá hay una fábrica de maceteros y hacen otro tipo de cerámica, a torno. El enseñó a cortar aquí y de ahí fueron aprendiendo los demás. El torno se lo hicieron aquí, pero él dio la idea de cómo era. Ahora hay incluso tornos eléctricos. El que Ño Camastrón enseñó, hace como quince años, era torno de pie, se da vueltas con el pie. Claro que acá usaban tornos de los otros, unos chicos, más de mano; se dan vueltas con la mano. De esos se han usado siempre.

Antiguamente para hacer la loza, usted armaba unos *cancos*, unos como conos —ellos les llamaban cancos y yo le digo a usted que son igual que los conos, medio anchos de aquí—; entonces se dejaba en la noche armado eso y al otro día la persona le iba dando la forma de lo que quería hacer, una olla, una paila o una fuente. Lo hacían en un torno de mano, armaban la pieza, la desgredaban y con una tabla le pegaban hasta que iban haciéndola redonda abajo. Después le pasaban los mates. No sé cómo lo hacían para que quedaran tan firmes.

La mujer no trabaja mucho en torno. No sé si antes; ahora le podría decir solamente que la señora María de Santander era una que cortaba a torno, y la señora Amelia Muños también. Yo nunca la vi.

A mí me han dado deseos de subir al torno que tengo ahí y ver si puedo, pero es una cuestión que a la mujer le cuesta hacer. A lo mejor no lo he hecho por flojera, por dejación, porque es más práctico que hacerlo a mano, pero la verdad es que me gusta más trabajar a mano. Yo sé que cuando vendo una pieza, esa pieza es parte mía, yo la hice, yo la fabriqué; entonces es mi ciencia la que está ahí, no es

la inteligencia de otro. No es lo mismo lo que uno hace con sus manos a que me entreguen dos piezas cortadas y yo las una o las termine. Ya no es lo mismo.

Las cosas yo las hago por etapas. Armo una parte hoy día, puedo armar seis, y mañana, que esté más tiesa esa parte, le pego la otra de arriba. Por rollos hacia arriba. En el tiempo que hace calor, en dos o tres días uno tiene armada media docena. Hay que ir armando lo que uno necesita, no más, porque si hace más, se pierde.

Me gusta tomar una cosa, ver: '¿por qué una persona puede hacer esto y yo no? . Incluso ayer estuve armando unos vasos de ponchera; no me van a quedar igual a otros que había comprado y que eran hechos a torno, pero esos son los que yo hice y es mi trabajo.

Antes, cuando los maestros no estaban tan difíciles de encontrar, trabajaba componiendo piezas que me cortaban, pero ahora no. Es un poco difícil. Hago yo no más, y mi mami y mi marido me ayudan a pulir.

También tengo puesto acá; abro los sábados y domingos, porque nos pusimos un poco flojas. En diciembre falleció mi papá, pasamos una etapa depresiva y con poco gusto por las fiestas, Pascua, Año Nuevo. Estábamos de duelo, pero ya pasamos. No ve que uno sale del letargo que significa la falta de una persona. Después me fui a trabajar en la uva, pero más al invierno voy a tener que trabajar.

El puesto lo tenemos más o menos hace doce años. De esa fecha también es el maestro que vino a cortar; fue cuando abrimos el puesto. Ahí nos aumentó y hubo más auge para la cerámica también, empezamos a tener más publicidad. El período mejor para la cerámica fue cuando filmaron *La Madrastra* y cuando hicieron la primera semana de la greda, que se hizo a través de El Mercurio la promo-

ción. Eso fue hace como tres o cuatro años atrás. Después de *La Madrastra* vino una etapa en que la gente quedó como saturada de tanta cosa, y hubo un decaimiento, muerto, sin venta el resto del año. Después nos pilló la recesión y ahí se fue. Pero ya el año pasado, como a mitad del año, fue tirando a mejorar y ha estado parejo, ni bueno ni malo. Deben entrar unos seis mil pesos mensuales; yo creo que un poco más, porque con menos plata no podría vivir.

En el tiempo del invierno es siempre un poco más difícil para todos los que trabajamos en cerámica, porque aquí hay mucha gente que surte los puestos y venden muy barato su trabajo. Cuando está malo, le reciben lo que les va a vender, pero tiene que esperar hasta el otro domingo para que le paguen.

—Te recibo la loza —dicen—, pero no tengo plata; tienes que esperar.

Llega la persona al otro domingo.

—Uy, me fue tan mal en el negocio, que te voy a dar un tanto no más.

Invierno es una época mala para todos, para los que trabajan en cerámica y surten los demás puestos, y para los comerciantes. Porque hay personas, las de los puestos grandes, que solamente compran, no trabajan. Hay otros que tampoco hacen, se dedican solamente a pulir piezas que les llevan los que hacen. Hay otro grupo que trabaja solamente en miniaturas, esas chiquitas que usted ha visto. Hay otras personas que le trabajan en maceteros, jardineras, todas esas cosas.

La mayoría de las personas tiene torno en su casa, buscan un maestro que les vaya a cortar y le pagan por pieza de lo que les cortó. Supongamos un jarrón, el maestro le

cobra veinte pesos, se lo da cortado en dos partes, usted solamente lo pega. Pero que alguien corte en su casa y le venda a usted cortado, eso no. La gente compra greda y van los maestros a la casa a cortar.

De todos, yo creo que el que gana más plata es el maestro que corta, porque si es rápido, en el día puede ganar hasta mil pesos cuando corta piezas grandes. Es lo chico lo que le ocupa más tiempo, porque hay que tener más paciencia para hacerlo.

Si yo consiguiera un maestro, hiciera maceteros y los vendiera en mi puesto, yo creo que los costos serían igual a lo que hago ahora, porque tendría que empezar a sacar la plata con que se compró la greda, el maestro que cortó, la leña que voy a ocupar y el tiempo en que las voy a vender. El negocio sería que yo hiciera cortar X cantidad de piezas, las echara a cocer y tuviera un cliente que viniera y se las llevara todas; entonces me paga todo en conjunto. Pero con maestro, no. Al hacer una pieza que sea mía, yo ocupo mi tiempo, no más. Incluso el material lo voy a buscar, traigo, lo llevo a que me lo pasen. Mi marido y yo vamos con una carreta, esa en que traíamos leña, a buscar la greda a un sitio que pertenece a la viña, pero que está abierto. Como traemos esa carreta no más, podemos sacar. Si fuera un camión, tendríamos que entrar a comprar la greda. Adentro de la viña hay una parte donde sacan greda y la venden por camionadas.

Después, para que la muelan en la máquina, se pagan cien pesos para una carretillada. Si usted va a comprarla sin llevar la greda, le cuesta doscientos pesos la carretillada.

A mis hijos no les gusta la cerámica; no creo que ellos sigan, porque cuando a una persona le gusta una cosa, em-

pieza a interesarse desde el principio. Hasta el momento ninguno de ellos se ha interesado en aprender. Muchas veces porque uno les pide, lo hacen, pero a ellos no les nace. Yo no les exijo mucho; pienso que deben gozar del tiempo bueno mientras todavía pueden, no tienen obligaciones, porque si ha sido difícil para mí, más adelante para ellos va a ser más difícil, ya que todo está evolucionando. Pero en cuanto a estudios, sí que soy demasiado exigente; no perdono malas notas ni que digan 'yo no puedo hacer esto'. Para mí eso no existe.

Antes había más exigencias, porque uno tenía que ayudar en la casa, ya fuera desempeñar una cosa u otra, pero tenía la obligación. A uno no le daban a elegir como ahora. Supongamos que era una casa grande, a una le tocaba lavar, a la otra cocinar y a la otra le tocaba hacer el aseo de la casa. Y atender a toda la familia, porque el hombre no hacía nada. Era atendido como un rey. En la actualidad el hombre está haciendo las cosas, pero antes, no; todo había que dárselo listo. Yo me acuerdo que mis hermanos eran bastante exigentes, con sus camisas lavadas, planchadas. Todos los días se la cambiaban; entonces era pesada la tarea y uno tenía que cumplirla, porque mi mamá se dedicaba a hacer otra cosa. Ella nos dejaba esa obligación; los hermanos pedían las cosas y tenían que estar listas. Posiblemente ellos, como eran los mayores, la castigaban a una si no tenía las cosas como corresponde. Lo mismo mi papá; llegaba en la noche o a la hora de almuerzo, y a las doce clavadas tenía que estar, servírselo inmediatamente. No ponerse a dar vueltas, que ponga la mesa, nada; todo listo. Llegaba, se sentaba, almorzaba, se iba a reposar un rato y salía a trabajar. En la mañana se levantaba a las seis, porque entraba a las siete a trabajar. Había que tener listo

el desayuno. Igual que atender a los hermanos menores; él no podía encontrar que estuvieran sucios.

Yo creo que que las cosas han cambiado porque como las mamás fuimos tan exigidas, eso nos hizo mal, después nos pusimos blandas. Por lo mismo que uno pasó por eso, a qué van a pasar ellas. Pienso que eso pudo haber sido la falla de uno. Una trata de hacer entender más con la palabra que con el castigo. Antes si uno no cumplía sus obligaciones, le pegaban. El papá, la mamá, cualquiera de los dos; depende.

Mi marido no es tan exigente como era mi papá. El se basa mucho en lo que yo le pueda ordenar a las niñas. El tiene sus ideas antiguas, como las de antes, pero resulta que vivimos en otra época. Entonces uno procede de otra manera. Antiguamente si uno cometía un error, no se le decían las cosas abiertamente. Todo se hablaba para callado. Uno no podía hablar, supongamos, del sexo; no podía consultarle directamente a la madre, decirle: 'mire, me pasa esto y me pasa esto otro'. Mientras que actualmente, a la niña más pequeña solían decirle las cosas en el colegio, ella llegaba a la casa preguntando y uno le tenía que contestar con la verdad. Yo, por ejemplo, no sabía por donde venía la criatura, ni sabía siquiera que, como mujer, tenía que cumplir la función de enfermarme todos los meses. No tenía idea de eso; fui sabiendo cuando me pasaban las cosas. Y después, porque tenía una tía que trabajaba en el hospital de Melipilla, la fui a ver y vi un parto. Quise verlo. Tenía 16 años. Yo nunca había pensado que era una cosa así. Ni mi madre, incluso cuando tuvo su guagua, supo. Ella tuvo un hijo soltera y lo supo solamente en el momento cuando fue a tener su guagua. Entonces supo de dónde venían. La madre no le dijo a ella 'vas a pasar por esto y eso'.

Si uno pololeaba con una persona y le daba un beso —le decían—, estaba expuesta a quedar esperando familia. Siempre estaban tratando de infundirle miedo para que no hiciera cosas que la iban a perjudicar.

A mí eso no me influyó, porque como había tenido oportunidad de trabajar y había estado estudiando, tenía más medios para informarme. Al mismo tiempo siempre he sido apasionada por la lectura, leo cualquier tipo de libro.

Todo era como un tabú antes. Ahora es bueno, porque la juventud actual no se puede esconder con que me pasó tal cosa por ignorancia. Con todos los adelantos que hay, ya no existe eso de que una persona dijera 'tuve este desliz porque no sabía'. Actualmente en el colegio, en la televisión, en todo hay información. No entiendo cómo ahora, mujeres que saben con anterioridad que teniendo relaciones con hombres tienen sus pequeños, no se saben cuidar, tienen sus problemas.

Aquí hay muchos jóvenes que pierden su tiempo inútilmente, parados en las esquinas. Lo que menos debía haberles pasado, ya les está pasando: están aficionados a las drogas, fuman marihuana, toman pastillas. Esa es la persona que no tiene una base en qué ocupar su tiempo. En la iglesia hay un grupo de juventud católica, pero agrupa a ciertos jóvenes no más, no a todos. Debería ser en conjunto. Entonces para ellos juntarse en grupos en las esquinas es más fácil.

También los evangélicos tienen un grupo. Si los jóvenes tuvieran algo en qué creer... porque no le dan importancia a ninguna cosa.

Yo el único grupo en que he estado metida fue una cooperativa de vivienda. Estuvimos luchando, vino gente de Santiago a hacer una promoción y después resultó que

la cooperativa no era como ellos la pintaban. Incluso nos estafaron, porque no nos devolvieron toda la plata. Uno perdió en vez de ganar en ese tiempo, descontaban cuotas sociales demasiado subidas. Yo me sentí desilusionada totalmente cuando fui a retirar mi cheque. Les dije que era una estafa que nos habían hecho a todo el grupo de Pomaire, porque imagínese usted, en tiempos malos haciendo sus ahorros, uno cree que se lo van a devolver con ganancias, y resulta que incluso le sacaron lo que usted tenía.

Yo me metí porque quería tener mi casa. Esta es herencia, y como somos nueve hermanos, seguramente la mayoría querrá que se venda y se le dé lo que se saque. Entonces una no está segura.

Mis hermanos están casi todos fuera; sólo yo y uno que vive camino a La Cruz estamos por aquí. Tengo dos hermanas casadas en Santiago y tres hermanos que viven en Melipilla. Ninguno se dedicó a la cerámica. Ellos, como hombres, tenían otros trabajos en el campo; dos son carabineros y trabajan para afuera.

Las hermanas se fueron pequeñas a trabajar a Santiago, así es que tampoco practicaron la cerámica. Como éramos tantos y la situación no era buena, y siempre cuando se es joven se aspira a otra cosa, quisieron tener más y pensaron que trabajando se podía conseguir eso.

A mí no me llamó la atención, no me gusta Santiago. Cuando uno es de afuera, está sin defensa frente a la gente que trabaja en Santiago, que conoce al tiro cuando uno es del campo. Porque la gente acá es más o menos campesina, a pesar de todos los progresos que han salido. En el mismo colegio la educación no es tan avanzada como sería en Melipilla. Cuando un niño sale de 8vo. de la escuela de

Pomaire y va a un colegio en Melipilla, los demás compañeros conocen inmediatamente que es del campo, por la manera de hablar, la manera de escribir, con tantas fallas.

—Son huasitos —dicen.

Pienso que la gente ha evolucionado poco. Hay proyectos para mejorar eso, pero se quedan en eso no más, en proyectos. Se saca mucho de Pomaire, pero es bien poco lo que entra.

La gente del pueblo piensa que don Javier Vial fue una persona que se aprovechó de las circunstancias, porque generó muchas fuentes de trabajo y de la noche a la mañana, terminó todo y dejó el pueblo completamente arruinado, porque tenía más de doscientas personas trabajando. Tenía el criadero de pollos y también criaba caballos de carrera; ahí ocupaba personal, veterinarios, gente que sacaba a pasear a las yeguas que estaban preñadas, se preocupaban de vacunar a los potrillos nuevos, de cuidar a los animales, porque eran caballos finos, no cualquier clase de caballo. Eran caballos de exportación. Además tenía exportación de melones, de almendras, y los pollos, una gran cantidad. Y todo eso se terminó.

El ocupaba puro personal hombres; sólo ahora último estaba ocupando mujeres, para la fabricación de quesos.

Todo sigue siendo de él, pero terminó con todas esas grandes cosas que tenía, los caballos, los pollos. Parece que ahora anda mejor la parte agrícola, porque este año solamente trabajaron en la exportación de melones, y los duraznos y naranjas. Dentro de la zona, en general el naranjal y la almendra. Ocupa gente que tiene trabajando en el fundo y gente que va de Pomaire a trabajar al día. Esa la ocupan cuando hay que cortar cosas. En lo único que ocupó

personal femenino fue en las almendras, más que otros años. Duró como tres meses; la almendra había que apalearla para bajarla y la vendían así, con cáscara. Este año la pelaron; por eso le duró más el trabajo a la gente.

Cuando hay trabajo temporero, a uno le avisan. Como ser, ahí en la viña hay un capataz encargado de ver todos los trabajos; entonces él le indica al patrón las personas que cree que sirven, o que ya están acostumbrados a trabajar con ellas.

—Esta persona —dice el capataz—, podemos ocuparla.

Entonces avisan que hay que presentarse a trabajar. La que quiere, va. El patrón pone las condiciones. Si uno quiere, trabaja; si no, se va para su casa.

El dice al tiro cuando uno va a trabajar:

—Yo sé que es poco lo que les voy a pagar, pero es lo más que puedo.

Ahí, si a uno no le gusta, no trabaja, sencillamente. Lo que pagan en la mayoría de las partes es 250 por el día. El pago de la uva, eso sí, es distinto; se trabaja por gamela cortada y depositada en el coloso. Ahí se saca como 300, 350 pesos por día. Depende cómo esté para trabajar; mientras más corta, más plata entra.

ARANCIBIA HNOS. Y CIA. LTDA. FONOS 374613 - 778200